

Selección

TERROR

EL TESORO DIABÓLICO

ADA CORETTI

«Apreciado amigo:

Estoy tan asustado por las extrañas circunstancias que me rodean, que no sé ciertamente cómo reaccionar.

Tú siempre has sido muy distinto a mí, desenvuelto, decidido, valiente, por lo que humildemente requiero tu ayuda en nombre de la amistad que nos une desde hace tantos años, desde que éramos jóvenes.

Discúlpame el atrevimiento de dirigirme a ti, pero no tengo a nadie más a quien recurrir.

No creas que exagero al estar asustado. Los motivos, verdaderamente, me sobran.

¿No es para erizar los caballos, dormirse pero saberse despierto, e ir a parar cada noche a una gruta y de allí a un tesoro fastuoso, que luego, al día siguiente, al dejar el lecho, no sabes dónde hallar…?

Ven pronto, por favor.

Presiento que la muerte, una muerte guiada, premeditada, cerebral, asoma sus garras por entre las cuatro paredes de esta casa.

Peter Molkan»



Ada Coretti

El tesoro diabólico

Bolsilibros: Selección Terror - 59

ePub r1.0
Titivillus 27.02.15

Título original: *El tesoro diabólico*
Ada Coretti, 1974
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

1

La carta decía así:

Apreciado amigo:

Estoy tan asustado por las extrañas circunstancias que me rodean, que no sé ciertamente cómo reaccionar.

Tú siempre has sido muy distinto a mí, desenvuelto, decidido, valiente, por lo que humildemente requiero tu ayuda en nombre de la amistad que nos une desde hace tantos años, desde que éramos jóvenes.

Discúlpame el atrevimiento de dirigirme a ti, pero no tengo a nadie más a quien recurrir.

No creas que exagero al estar asustado. Los motivos, verdaderamente, me sobran.

¿No es para erizar los caballos, dormirse pero saberse despierto, e ir a parar cada noche a una gruta y de allí a un tesoro fastuoso, que luego, al día siguiente, al dejar el lecho, no sabes dónde hallar…?

Ven pronto, por favor.

Presiento que la muerte, una muerte guiada, premeditada, cerebral, asoma sus garras por entre las cuatro paredes de esta casa.

Peter Molkan

El joven Roger Taube sacudió la cabeza tras la lectura de aquella carta, que de desconcertante lo tenía todo. Sobre todo teniendo en cuenta la persona que la había escrito. Una persona comedida, sensata, perfectamente equilibrada.

Roger Taube había abierto el sobre y leído la carta, creyendo que era para él. Pero aquellas líneas iban dirigidas a su padre, y en seguida pudo constatarlo así.

Pero se alegró de haberse enterado del contenido de aquella misiva. Su padre estaba a muchos kilómetros de distancia, en viaje de negocios, y posiblemente tardaría varias semanas en regresar. Y honradamente, dada la alarma que se desprendía de aquellas líneas temblorosamente escritas, él no podía dejar solo a Peter Molkan.

Que como el mismo interesado decía, era tan distinto a su padre. Sí, evidentemente lo era. Porque su padre, a pesar de su avanzada edad, era aún un hombre fuerte, capaz de decidir, solucionar y dar la cara por sí solo a cualquier asunto. Por arduo que éste pudiera ser.

Pero con Peter Molkan no sucedía lo mismo. Por lo visto se sentía terriblemente asustado ante las circunstancias que le rodeaban. Circunstancias que, eso sí, parecían escaparse un poco de lo corriente…

Roger Taube hacía algunos años que no veía al amigo de su padre. Pero le recordaba bien. Sabía qué le reconocería en el acto, en cuanto le tuviera delante.

Desde luego, siempre había sido Peter Molkan quien les había visitado a ellos, que vivían en Londres. Él tenía su hogar al norte de Carlisle, en una zona que él mismo había calificado varias veces de «muy poco agradable». De ello que nunca les invitara a visitarles.

Aquella casa, aislada, solitaria, era lo único que le había quedado de unos tiempos mejores, prósperos, que concluyeron por confiar en unos parientes desaprensivos.

Allí se refugió entonces, ya viudo, con el poco dinero que le quedaba, y sus tres hijas, Bárbara, Carolina y Connie.

La mayor, Bárbara, debería tener actualmente unos treinta años. Carolina, unos veintiocho. Y Connie, la pequeña, la que nació cuando ya no pensaban que pudiera llegar un nuevo hijo, aún no habría cumplido los dieciocho.

Roger Taube había visto fotografías de las tres. Las dos mayores no resultaban nada guapas, teniendo ambas un aspecto duro, áspero, desapacible. No así la pequeña, que parecía, al menos por aquel entonces, una verdadera muñeca.

Roger Taube no quiso pensárselo más.

Decidió acudir en ayuda de Peter Molkan.

Así pues, metió un par de cosas en una pequeña maleta, tiró ésta en los asientos posteriores de su coche, y se puso al volante,

dándole con fuerza al acelerador.

Él siempre conducía aprisa. Demasiado aprisa si hacía caso a su padre. Pero no lo podía evitar. La velocidad le gustaba, le atraía. Era como sentirse aún más joven y fuerte.

Desde luego, Roger Taube empezó a experimentar una sensación molesta, desagradable, cuando, ya relativamente cerca del lugar al que se dirigía, paró ante una gasolinera para aprovisionarse.

Como sea que preguntara por la casa del señor Molkan, el empleado le preguntó a su vez:

—¿Va usted a esa casa? —Y sin esperar respuesta, dándola por afirmativa—: Pues yo de usted daría media vuelta… A la loca la han soltado… Debe estar rondando por allí.

—¿La loca? —inquirió Roger Taube—. ¿De qué loca me habla usted? Soy forastero y…

—Bueno, si va allí ya se enterará —el empleado hizo un gesto vago—. ¡Para qué le voy a contar yo…!

No quiso decirle nada más.

Tampoco le dijo lo que, en el cercano bosque, había pasado la noche antes.

Bueno, en realidad nadie sabía exactamente lo que había sucedido…

* * *

Eso sólo lo sabía el hombre, ya viejo, llamado Robert Ball, que desde hacía muchos años era guardabosques.

Volvía de su trabajo. Era de noche. Iba a través de los árboles, siguiendo su camino de siempre.

Un camino que esa noche le causaba inquietud, escalofríos, como si presintiera que entre las sombras hubiera de surgir un peligro desconocido.

Achacó, lo que calificó de pueriles recelos, a su enfermedad, que cada día le hacía sentirse peor. Desde que le habían dado varios ataques epilépticos, no hacía nada bueno. Se cansaba en seguida, respiraba mal, jadeaba, a menudo tenía que detenerse.

Incluso a veces andaba con la lengua fuera…

Y sucedió de pronto.

Una sombra alta apareció ante él. Una sombra cuyo rostro era sólo una capucha negra, con dos siniestros orificios. En la mano derecha llevaba un rastrillo, que sujetaba por el mango, muy cerca de las púas de hierro.

Robert Ball se puso a temblar. Más aún que cuando le daban aquellos ataques epilépticos.

Empezó a sofocarse, a jadear.

Ocasión que aprovechó la sombra, alzando y descargando su rastrillo sobre la saliente lengua, que quedó materialmente apresada entre aquellos hierros.

Un grito de desgarrador dolor salió de la garganta del infeliz de Robert Ball.

Pero no le fue dado recuperar la lengua, porque cuanto más lo intentaba más las púas de hierro se la desgarraban.

Además, la sombra llevaba una intención tan concreta como horripilante. Dejarle mudo para el resto de sus días. No, no le interesaba que pudiera hablar.

De ello que, de un brusco y súbito tirón, llevara hacia sí el rastrillo.

Una salvajada estremecedora, que tuvo el resultado apetecido, ya que la lengua quedó pegada al rastrillo.

Robert Ball se llevó la mano a la boca vacía, desgarrada, de donde salían continuas bocanadas de sangre. Luego cayó desplomado.

La sombra huyó.

* * *

Pero eso fue la noche antes.

Ahora era cuando Roger Taube iba en su coche hacia la casa de Peter Molkan.

Se le acercó un hombre de unos treinta y dos años, alto, con un aspecto al que nada podía reprochársele. Bueno, por lo menos hubiera sido así a no ser por sus ojos.

Sus ojos eran grises, con una expresión tan fría, tan cortante, que el solo hecho de mirarle hacía ya que uno se estremeciera.

Pero Roger no se estremeció, pues no era un joven propenso a

dejarse impresionar por nada.

Desde luego, no le agradó en absoluto aquel sujeto.

Quien, empero, sacó a relucir una sonrisa sumamente amable y cordial.

—Permítame presentarme… Soy Donald Sullivan, íntimo amigo de la familia Molkan. He oído decir que se dirigía hacia allí.

—Sí, en efecto —asintió Roger.

—Podemos ir juntos, si a usted le parece y si es usted tan amable de ofrecerme un puesto en su coche… El mío, mírelo —se lo indicó con un gesto, era un Morris—, acaba de estropearse. Pensaba ir paseando, de aquí a allá no hay más de dos kilómetros… Pero si no le importa mi compañía, por descontado me haría usted un favor…

—Claro que sí, no faltaría más —pero Roger lo dijo sin el menor entusiasmo.

Sin embargo, pronto había de alegrarse de llevarle en el asiento de al lado.

Apenas el coche estuvo en marcha, Donald Sullivan se mostró propenso a hablar. Y esto le beneficiaba a Roger, por descontado que sí. Cuanto más enterado estuviera de todo, tanto mejor para ambientarse con lo que fuera que… le esperara.

—Supongo que le ha dejado mal sabor de boca lo que le ha dicho el empleado de la gasolinera. Ha debido tener más cuidado con lo que decía. Referirse a la loca no resulta muy tranquilizador… —y sin transición—: Ahora debe dejar la carretera y meterse por ese camino… La casa queda un poco antes que el río…

—Pues no crea —Roger maniobró en el volante, siguiendo las indicaciones recibidas—, me he quedado tan fresco. A mí los chismorreos no me hacen mella.

Se expresó así para que Donald Sullivan tuviera ocasión de seguir hablando de lo mismo. Para darle opción a ahondar en el tema.

Lo que consiguió de un modo inmediato.

—¡Oh, no son chismorreos! —exclamó—. La loca existe… Como existe su pasada historia, que nadie por aquí ha olvidado.

—¿Y qué tiene de particular esa historia?

—No mucho, o quizá todo… Según cómo se mire… Yo particularmente opino que tiene bastante de tétrica…

—¿Qué sucedió?

—Hace unos treinta años —refirió Donald Sullivan— la referida mujer, entonces una joven muy hermosa, se enamoró del hijo de esa casa… De la casa en la que ahora vive el señor Molkan… Fueron unos amores desgraciados y esa joven, burlada por aquel hombre, traicionada, acabó perdiendo la razón… Poco después era internada en un manicomio… Mientras se la llevaban, sujeta por la camisa de fuerza, no cesaba de gritar desesperadamente, diciendo que algún día regresaría y que entonces mataría a todos los de la casa… Y ahora ya no está en el manicomio —resumió—, ha sido dada de alta. ¿Se hace usted cargo?

—Me hago cargo —repuso Roger— de que los ocupantes de la casa ya no son los que eran. Por lo que nada en absoluto deben temer.

—Nada tendrían que temer, en efecto —aclaró Donald Sullivan —, si la loca fuera capaz de percatarse de que los de ahora no son los de antes. Pero ¿y si confunde a los personajes, si confunde y entremezcla el pasado con el presente? A mí no me extrañaría.

—¿No acaba de decirme que ha sido dada de alta?

—Lo que no quiere significar forzosamente que esté curada —opinó—. Yo diría más bien que ha salido del manicomio… Decir otra cosa creo que resultaría excesivamente aventurado.

—¿Qué opinan de esto las hijas del señor Molkan? Como mujeres, siempre más impresionables que nosotros…

—Usted no conoce bien a sus hijas —ironizó Donald Sullivan—, y acaba de demostrármelo con estas palabras. Bueno, me refiero a Bárbara y a Carolina. La pequeña es distinta. Quiero decirle, que Bárbara y Carolina son las dos mujeres más fuertes, dominantes y avasalladoras que usted haya podido conocer en toda su vida. Ellas no son capaces de asustarse ante nadie. Tampoco ante la loca, ni aunque se la encontraran a solas en medio de la noche —y sin más —: Bueno, puede usted parar. Ya hemos llegado. Ésta es la casa.

* * *

Cuando Roger Taube se apeó del coche, quedó sobrecogido por el panorama que le rodeaba.

Interesado en la conversación, no se había dado exacta cuenta

del lugar en que se había ido metiendo.

Muy cerca estaba el río, del que se desprendía, no sólo el rumor de sus aguas turbias, sino una bruma espesa, pegajosa, que se calaba hasta los mismísimos huesos. Una bruma que a trechos privaba incluso de la visión.

Por allí surgía la casa de los Molkan.

Un edificio que años atrás debió tener mucho de digno. Ahora ya no tenía nada. Las paredes estaban agrietadas y carcomidas por la humedad, y las puertas y ventanas se hallaban deterioradas por las acometidas del viento.

Un viento que allí soplaba siempre con mucha fuerza. Era extraño el día que sus violentas ráfagas no se dejaran sentir.

Alrededor sólo campos áridos, desolados, yermos.

Únicamente una excepción.

La silueta oscura, tétrica, siniestra, del sanatorio psiquiátrico de Santa Clara, para mujeres. Rodeado de un alto y grueso muro.

—Es el manicomio —le informó Donald Sullivan—. Ahí ha estado recluida treinta años la loca.

Empezaba a declinar el día.

No había hecho sol y todo en resumen contribuía, que duda cabe, a que el panorama resultara desalentador.

Pero dentro de la casa el ambiente sería mucho más agradable.

Se equivocó.

Nada allí era tampoco agradable. Parecía como si la atmósfera de fuera se hubiera calado, filtrado, en el interior.

Pero lo tuvo todo de entrañable, esto sí, el alborozo del señor Molkan.

—¡Querido Roger! ¡Qué alegría volver a verte! ¡Cómo has crecido desde la última vez que nos vimos! ¡Estás hecho todo un hombre! ¡Pero, claro, debes tener ya veinticinco años! ¡Cómo pasa el tiempo! ¡Dame un abrazo muy fuerte! ¿Y tu padre…?

Al señor Molkan le faltó tiempo para llevar a Roger a su despacho.

—Disculpa, Donald.

Éste sonrió, diciendo:

—Iré a ver a sus hijas. Deben hallarse en el cuarto de estar.

El despacho era una estancia donde todo, cortinas, lámparas, mobiliario, se caía de puro viejo. Pero, no obstante, era aquélla una

habitación que aún conservaba cierta grata personalidad.

«Al menos aquí —pensó Roger— se respira más a gusto».

—Siéntate, muchacho… Y cuéntame… Cuéntame…

Pero pronto Roger había de dejar de hablar de sí mismo, para interesarse por la peliaguda cuestión que le había llevado hasta allí.

Urgía hacerlo así. Esto resultaba evidente.

—Vengo dispuesto a ayudarle. Cuente conmigo para lo que sea, incondicionalmente.

—¡Qué buen muchacho eres, Roger! Gracias por haber venido. Te estoy muy agradecido.

—Bien, dígame qué es en realidad lo que sucede. Creo que su carta no terminé de entenderla bien.

—Sí, la entendiste perfectamente —dijo el señor Molkan—. Lo que sucede es que no has asimilado su significado… Es natural…

—Me extrañó enormemente su contenido.

Se fijó mejor en Peter Molkan. Aparentaba muchos más años de los que tenía. Por lo demás, unas profundas ojeras azuladas rodeaban sus ojos, de mirada temerosa e incierta.

—Me ha sucedido dos veces… —empezó a decir Peter Molkan, con voz temblorosa—. Me refiero a lo que decía en la carta… Resulta alucinante, pavoroso…

—Se lo ruego, cuéntemelo detalladamente. Para que pueda hacerme cargo de lo que realmente sucede.

—Estoy asustado —indudablemente era así, y todo él temblaba, desde la cabeza a los pies—. Tan asustado que no sé ni por dónde empezar.

—Empiece por el principio —Roger sacó su paquete de cigarrillos, ofreciéndoselo al señor Molkan, que se hallaba sentado en un sillón frente a él—. Tome… Le hará bien… —también le ofreció fuego—. Lo dicho, empiece por el principio… Así nos entenderemos mejor.

—Todo esto yo creo que no tiene principio ni fin… Es como un desquiciado desvarío que me atenaza con su nefasta irrealidad.

—Déjeme que sea yo el que juzgue. Explíquemelo todo.

Y Peter Molkan le explicó que dos veces le había sucedido lo mismo. Exactamente lo mismo. Esto es, que se había acostado normalmente, a la hora acostumbrada, a eso de las once.

No había cerrado la puerta con llave. No tenían costumbre de

hacerlo así.

Se había dormido sin dificultad, despertándose a eso de las dos de la madrugada. Pero despertándose de un modo extraño, como si aún siguiera durmiendo…

Entonces se había visto impulsado a abandonar el lecho, porque alguien le cogía por el brazo y le estiraba… Ese alguien llevaba sobre su cabeza una capucha análoga a la que pudiera llevar un verdugo del siglo XVI cuando el hacha segaba implacablemente la cabeza de los condenados. Sólo aparecían dos orificios, tras los que no terminaban de verse los ojos. Nada más. Absolutamente nada más. Como si la boca no existiera.

Al poco, lo que parecía ser un fantasma le cubría los ojos con un pañuelo negro. Él estaba sin fuerzas, incapaz de rebelarse. Un raro sopor le vencía. Una extraña laxitud le dominaba.

Luego había sido sacado de la casa y llevado hasta… una gruta misteriosa. Donde, al serle quitado el pañuelo, se había encontrado ante un tesoro fabuloso.

Sus ojos habían visto infinidad de monedas de oro, y esmeraldas, rubíes, zafiros… Y brillantes, y más brillantes, que refulgían como estrellas… Todo ello metido en un cofre negro…

Ya no recordaba nada más.

A la mañana siguiente se despertaba en el lecho, como si todo aquello no hubiera sido más que un vulgar sueño.

—No creo que se trate de otra cosa —dijo Roger Taube—. Cuanto me ha contado, tiene toda la falsa e irreal apariencia de un sueño. No de otra cosa. Francamente se lo digo.

—No, no —repuso Peter Molkan—, es una realidad, de la que desgraciadamente no puedo sustraerme. Debo hacerle frente. Pero yo solo no sabía cómo hacerlo. Por eso me alegro mucho que tú hayas venido.

—Pero ¿está usted seguro de que deja de estar dormido, de que realmente se despierta…? Parece tambalearse su tesis ante el hecho de que de pronto no recuerde nada más y que al día siguiente se despierte en su lecho.

—Tengo una prueba —le había interrumpido.

—¿Una prueba? —inquirió.

—Sí, que demuestra de manera palpable que no se trata de ningún sueño. Mira esto, Roger… —se quitó la americana,

arremangándose la manga de la camisa—. Mira…

En el brazo tenía una pequeña señal, como la que suele dejar una inyección, una aguja hipodérmica.

—¿Te das cuenta…?

Roger empezó a hacerse verdadero cargo de la situación.

—Comprendo —dijo—, alguien le ha inyectado.

—Sí.

—Dejándole en un estado en el que luego puede dirigirle a voluntad.

—Sí.

—Pero ¿quién lo hace? ¿Y para qué? ¿Qué fin persigue? Parece no tener sentido.

—Sí, parece no tenerlo. Pero indudablemente lo tiene. Nadie hace una cosa así por nada. A menos que se tratase de un perturbado.

Roger recordó cuanto había oído decir y contar de la loca, la mujer que había permanecido encerrada treinta años en aquel manicomio.

—A mis hijas no les he contado nada. Supongo que no me creerían, que se reirían de mí… He preferido, por lo demás, dejarles al margen de esto. Tampoco le he explicado nada a Donald Sullivan… Ni a Jack, mi sobrino…

—¿Acaso sospecha de ellos? —preguntó Roger.

—No, no —se apresuró a decirlo—. ¿Por qué iban a proceder de un modo tan incomprensible, tan ilógico…? Pero alguien tiene que ser, de dentro o de fuera de la casa…

—¿Vive aquí Donald Sullivan?

—Es un amigo de mi sobrino Jack. Se conocieron en Nueva York. Suele pasar aquí largas temporadas. Dice que esto le gusta. Pero quien le gusta es mi hija Connie, la pequeña.

—Veo muy enredado este asunto —confesó Roger—. Sobre todo porque… ¿qué tesoro es ése? Los tesoros no se encuentran así como así. Además, de existir alguno, no es normal que alguien nos conduzca a donde se halle. Ese alguien, en tal caso, se lo queda para sí, ¿no le parece a usted, señor Molkan? Esto es lo más lógico.

—Sí —asintió—, ya he pensado en ello. Pero te aseguro que el tesoro no es un producto de mi imaginación. El tesoro existe, y su valor debe ser realmente incalculable… Como para enloquecer de

ambición…

—Supongo que ahora se cierra con llave por las noches, ¿no es eso? Tal medida resulta elemental y…

—Sí, claro. Ahora, sí.

Pero no pudieron seguir hablando.

Se abrió la puerta del despacho.

Apareció Bárbara.

* * *

No tenía nada de guapa, y su aspecto rudo, áspero, desapacible (lo mismo que en las fotografías por las que Roger la conocía), hacía pensar en que no era extraño que aún siguiera soltera.

Pero Bárbara había de estar amable con Roger. Con una amabilidad que en ella resultaba sorprendente, casi insólita.

—Me alegro mucho de conocerle.

—Va a pasar unos días con nosotros —dijo Peter Molkan—. ¿Verdad que sí, Roger?

—Será un placer.

—Es novelista, ¿sabes? —improvisó Peter Molkan, para así justificar debidamente su presencia en aquella casa—. Está buscando ideas para su nueva novela.

—Aquí no es fácil que las encuentre —comentó Bárbara—. A menos que busque un argumento a propósito para aburrir a sus lectores. Aquí nunca pasa nada —pero puntualizó—. Bueno, ciertamente pasarían muchas cosas… a no ser por Carolina y por mí. Pero ella y yo —su acento se hizo durísimo— ya nos encargamos de que todo siga en su sitio.

—No le comprendo… —dijo Roger.

—Se está refiriendo a Donald Sullivan —le explicó Peter Molkan. Entre mis dos hijas mayores y él hay algo así como una ruda y a la vez encarnizada batalla.

—Más o menos —ironizó Bárbara—. Pero no, no hay batalla… A Donald Sullivan le faltan armas con que atacar, incluso con qué defenderse. De antemano ya tiene todo perdido, y lo sabe. Por eso he dicho… que aquí nunca pasa nada.

—Donald Sullivan está enamorado de mi hija Connie —refirió a

Roger—. Quiere casarse a toda costa. Desde luego, tiene ya el asentimiento de la interesada. Pero mis otras dos hijas, Carolina y Bárbara, se niegan terminantemente a la boda. Yo no tendría inconveniente, pero ellas…

—Nosotras —dijo Bárbara— somos más listas que tú, papá. O, por lo menos, no tan candorosas. ¿No te das cuenta de qué clase de sujeto es? ¡Si basta mirarle a los ojos para comprender que lleva la maldad clavada en el cuerpo! Y Connie es una chiquilla encantadora, preciosa, que se merece algo muy distinto.

—Creo que odias a Donald Sullivan sin razón. Él no hace otra cosa que favorecernos —y dirigiéndose de nuevo a Roger—: Nuestra situación económica no tiene nada de lisonjera y él nos protege. No se cansa de protegernos, a pesar de que aquí no recibe más que desprecios…

—Antes que aceptar sus favores —aclaró Bárbara—, deberíamos vender esta casa y las hectáreas que son nuestras. No nos darían mucho, pero tendríamos suficiente para…

—Para nada que valiera la pena —dijo Peter Molkan, con gesto hundido, desalentado—. Yo me siento ya demasiado viejo para volver a empezar.

—Pues no esperes —sentenció Bárbara— que la situación se arregle casando a Connie con Donald Sullivan, por más buen partido que sea. Mientras Carolina y yo vivamos, no se saldrá con la suya. Está decidido.

—En fin… —suspiró Peter Molkan.

Un rato después. Roger Taube era presentado a los demás componentes de la familia.

El aspecto de Carolina desconcertó al joven un poco más de la cuenta. Físicamente se parecía mucho a su hermana y daba, de buenas a primeras, la sensación de ser casi idéntica a ella. Pero no, algo las diferenciaba enormemente Carolina tenía una mirada atrevida, desvergonzada. No le servía de nada entornar los ojos, encubriendo así su verdadera manera de ser.

Evidentemente le gustaban los hombres más de la cuenta. Y resultaba indudable que más de una vez había hecho ya del amor un ansioso y procaz placer.

En cuanto a Jack, el sobrino de Peter Molkan, era pequeño de estatura, delgado, insignificante de rasgos. Debía costarle muy poco

pasar desapercibido.

A Donald Sullivan ya le conocía. No pudo cambiar la opinión que le había merecido a la primera ojeada.

Punto aparte estaba Connie. La chiquilla que, con toda la razón del mundo, su hermana Bárbara había dicho que era encantadora, preciosa.

Indudablemente lo era. Y Roger Taube quedó profundamente impresionado al mirarla.

Tenía el cabello largo, negro, sedoso, y los ojos de color verde, muy brillantes, verdaderamente hermosos.

Pero en seguida se dio cuenta del vivo temor que aleteaba en sus pupilas. Un temor angustioso, sobrecogedor.

2

Ya le habían enseñado su dormitorio. Podía disponer de él a su entera comodidad. No era muy confortable, pero ninguno en la casa lo era.

—Espero no causarles demasiadas molestias.

—No se preocupe —dijo Bárbara.

Carolina no dijo nada.

Connie le miró. Solamente eso. ¿O acaso se esforzó en iniciar una sonrisa?

Roger no hubiera sabido decirlo. Pero le hubiera gustado que fuera así. El dormitorio de Peter Molkan estaba allí cerca.

Apenas a unos cuatro metros de su puerta.

—Buenas noches —se despidió Peter Molkan.

—No esté intranquilo —le dijo Roger, bajando discretamente la voz—. Estaré pendiente de usted.

—Gracias, muchacho.

Y en efecto, a Peter Molkan no había de sucederle absolutamente nada aquella noche.

Aunque no todos iban a poder decir lo mismo.

Lo cierto es que Jack se sintió inquieto, desasosegado. Entonces se le ocurrió dejar su habitación y salir fuera a fumarse un par de cigarrillos. Hacerlo así, sin duda, le calmaría los nervios.

Pensaba en Donald Sullivan, mientras, dejando atrás la puerta trasera de la casa, se dirigía hacia la orilla del río.

Cuyo rumor ya sentía.

Pensaba en que era el ser más aborrecible que había conocido.

Y sin embargo le había llevado allí, a la casa de su tío,

presentándole como a su mejor y más entrañable amigo.

No le había tocado otro remedio. Donald Sullivan había conocido a su prima Connie y quería tener ocasión a tratarla, a enamorarla.

Él, al principio, se había negado a lo que Donald Sullivan le pedía. Le había dicho que prefería no mezclar a nadie en la vida de su familia.

Pero Donald Sullivan había usado un argumento verdaderamente persuasivo.

Si no accedía a lo que le pedía, le diría a su tío Peter Molkan, lo que había sido su existencia en Nueva York.

Jack tenía un aspecto sumamente insignificante, inofensivo, y todos le creían una inmejorable persona. Sin embargo, la verdad era muy distinta.

Jack era un hombre terriblemente acomplejado, lleno de rabia hacia la indiferencia que recibía por parte del sexo femenino, lleno de odio hacía todos aquellos que valían más que él. Con una sed de dinero, con una ambición que le ahogaba como un dogal implacable.

De ello que, allá en Nueva York, se viera mezclado en asuntos muy turbios, yendo a parar a la cárcel por espacio de cuatro años.

Después regresó a Inglaterra. Le dijo a su tío que todo le había ido mal, que no había tenido suerte y que prefería permanecer a su lado si él no tenía nada que oponer.

Nada opuso Peter Molkan, pues quería sinceramente a su sobrino.

Y todo, pues, pareció entrar en una plácida normalidad. De momento era esto lo que Jack necesitaba.

Aquellos cuatro años de prisión habían sido un golpe muy duro. Aún no se había rehecho. Pero ante las amenazas de Donald Sullivan, que no ignoraba tales pormenores de su vida, optó por presentarle en la casa como a un gran amigo.

Pero le daba coraje haber tenido que ceder a sus exigencias. En el fondo, Jack era de un temperamento sumamente agresivo y violento, que no se avenía a mandatos.

Seguía oyendo el rumor del río.

Seguía dirigiéndose hacia allí.

No eran excesivamente intensas las sombras de la noche, sin

duda porque en el cielo aparecía la luna, aunque era una luna medio velada por las nubes.

Iba fumando…

De pronto una mano huesuda, cadavérica, fue hacia su cigarrillo. Por lo visto pretendía quitárselo.

Jack casi gritó.

—No te asustes —dijo una voz cascada de mujer—. Pero déjame fumar… Aunque sólo sea un par de chupadas… Antes fumaba… Ahí dentro me quitaron el vicio…

Jack miró aquella mano, y luego el brazo que seguía, y finalmente el rostro de aquella mujer.

Esta vez sí que tuvo que hacer un gran esfuerzo para no gritar.

Aquella mujer era horrible. Debería tener cien años. O si no los tenía, los aparentaba.

Delgada hasta sólo tener piel, sus ojos saltones, salidos de sus órbitas, asomaban como los de un búho enloquecido.

Sus vestidos eran pobres, míseros, simples harapos e iba descalza.

—¿Quién eres…?

—Por aquí me llaman la loca —se reía entre dientes—. Pero nunca he estado loca. Siempre he estado muy cuerda.

—He oído hablar de ti —dijo Jack.

—¿Y de la traición que me hizo aquel hombre y toda su familia? —inquirió—. ¡Pues no te extrañe que ahora me vengue! ¡Juré que me vengaría y estoy dispuesta a hacerlo!

—¡Vete a saber dónde vive aquel hombre y su familia! —comentó Jack—. Han pasado treinta años.

—¿Que dónde vive…? —se preguntó a sí misma la loca—. Pues, ¿dónde va a ser? Donde siempre. En la casa… Ya le he visto a él… Tiene los mismos ojos de siempre… Ojos de mala persona…

* * *

Jack comprendió que la loca estaba confundiendo Donald Sullivan con aquel hombre que, treinta años atrás, se burló despiadadamente de sus sentimientos.

—En cuanto a sus hermanas, las he reconocido en seguida… —

siguió diciendo la vieja—. Están un poco cambiadas, sí, pero no mucho… La pequeña parece estar más guapa… En cuanto al padre, debe estar enfermo, está muy achacoso… ¡Como sea, he de vengarme de todos! ¡De todos!

Jack pensó que aquella mujer se hallaba más perturbada que nunca y que ahora, desde luego, su demencia constituía un grave riesgo para todos, pues andaba suelta.

—Y lo gracioso es —se rió la mujer, siempre entre dientes, entre los pocos que le quedaban—. Y lo gracioso es… que me dejó para casarse por dinero. ¡Y yo era rica, fabulosamente rica, aunque nadie lo sabía! Y sigo siéndolo… ¿A que no me crees?

—Sí, te creo —asintió Jack, creyendo preferible no llevarle la contraria.

—¿Quieres venir conmigo a ver mi tesoro? Es lo más maravilloso que tus ojos hayan podido nunca contemplar. Pero no te dejaré que te lo lleves, no te hagas ilusiones.

—Otro día lo veré —dijo Jack, y se dispuso a separarse de la mujer, cuya presencia cada vez le encogía más el ánimo.

—Ven, no seas incrédulo —la mano huesuda, cadavérica, cogió la de Jack—. Verás algo fascinante, arrebatador… A cambio me dejas fumar un poco de tu cigarrillo, ¿eh?

Jack se lo dio.

—Puedes quedártelo.

La mujer fumó con fruición.

—Ven, ven… —y seguía sin soltar su mano—. Te enseñaré mi tesoro. Te gustará verlo.

De súbito, sin saber exactamente por qué, Jack tuvo el presentimiento de que había algo de verdad en lo que la mujer le estaba diciendo.

—Bueno —accedió—, te acompañare. Si no está muy lejos…

—No. está aquí cerca —dijo la vieja—. En la cascada. ¿Sabes dónde está la cascada?

—Sí, claro —asintió Jack—. Apenas a unos doscientos metros de aquí, quizá menos.

—Vamos.

Llegaron a donde el río caía desde lo alto de un terraplén, formando una cascada de unos cuatro metros de altura.

Tras aquella cortina de agua, que a menudo descendía turbia, la

vieja buscó un lugar para pasar sin mojarse.

—Sígueme…

Ya tras la cascada, la mujer sacó una caja de fósforos y encendió una antorcha.

—Sígueme —repitió.

Jack esperaba que el camino quedara cortado. Posiblemente todo serían locos desvaríos de aquella mente enferma.

Pero no, el camino seguía. El pasadizo tenía más de un metro, más de dos, más de tres…

Jack sintió que se estremecía hasta la medula de los huesos. Aún más hondamente, si es que ello es posible.

El silencio era absoluto, sobrecogedor, casi aplastante.

Pero a veces el silencio se rompía. La vieja se reía, entre dientes, como siempre.

El pasadizo seguía.

¿No iba a tener fin?

¿Y qué habría exactamente a su término?

¿Acaso, realmente, ese tesoro del que la vieja alardeaba…?

De pronto, el pasadizo se agrandó. Quedaron en un lugar relativamente ancho. Algo así a la medida de una habitación.

—¡Mira mi tesoro!

Alumbró con su antorcha un cofre negro…

¡Y ahora sí gritó Jack, sin poder evitarlo!

Veía miles de monedas de oro, y esmeraldas, rubíes, zafiros, brillantes. ¡Una amalgama de joyas maravillosas que refulgían como astros en medio de la noche!

—No puedo creerlo… —musitó Jack.

—Pues ya ves, es cierto —se rió la mujer—. Es tan cierto como que tú y yo nos hemos hecho buenos amigos.

—Pero ¿nadie más que tú sabe que hay aquí este tesoro? —Y Jack metía las manos entre las monedas de oro, y entre las esmeraldas, rubíes, zafiros y brillantes, revolviéndolo todo con lujuriante placer.

Un pensamiento malévolo, perverso, se le había incrustado en la carne.

—Nadie más lo sabe. Sólo tú y yo.

—Pero ¿cómo has resistido la tentación de decirlo a alguien…? En tanto tiempo…

—No quería que me lo quitaran. Sabía que algún día saldría del manicomio. Antes o después…

—Sí, claro.

—Qué, ¿te gusta? ¿Verdad que si?

Jack pensó que no tenía por qué pensárselo. Si se lanzaba contra la vieja, le cogía la garganta entre las manos y apretaba con todas sus fuerzas, en poco tiempo dejaría de respirar.

Acabaría con su vida en pocos segundos. Seguro que sí. Sería sencillísimo.

Y entonces él, sólo él, sería el dueño de todo aquello. Valía la pena decidirse. Valía la pena tener coraje, no acobardarse.

En un súbito arranque, se abalanzó sobre ella. En un arranque furibundo.

La mujer no pudo esquivarle. Soltó la antorcha, que quedó ardiendo en el suelo.

Las manos de Jack habían cogido implacablemente aquel cuello delgado, arrugado, cuyas venas empezaron a hincharse ante la brusca y furiosa acometida de sus dedos.

Un poco más y ya habría acabado con ella.

Pero en eso, Jack sintió un miedo horripilante, aterrado, infernal. Los pelos de todo el cuerpo se le pusieron de punta. La sangre de todas sus venas, de todas sus arterias, quedó helada.

Tras él había oído un escalofriante y amenazante sonido.

Soltó a la vieja, girándose.

Y vio allí cerca a una impresionante boa. Tendrá como mínimo unos nueve o diez metros de largo, la piel adornada de diversos colores, todos muy vivos. Mostraba erguido el cuerpo, relucientes los ojos y jadeante su respirar. Su sola presencia estaba ya sentenciándolo a muerte.

Dio unos pasos atrás, horrorizado.

Pero su retroceso resultó completamente inútil, pues el reptil ondulaba su viscosa piel y se lanzaba contra él.

En breves segundos se le enroscó al cuerpo, por las piernas, por el pecho, por los brazos, por el cuello…

* * *

—¡Quieta. *Nakka*! —ordenó la vieja.

Un instante de indecisión, de demora, y Jack hubiera quedado fatalmente destrozado entre las vueltas y revueltas de aquel cuerpo de fuerza inusitada. ¿Qué te pensabas… —se rió la vieja—, que soy tonta? Estoy muy bien protegida. Anda, *Nakka*, suéltalo… Déjalo ya…

La inmensa serpiente volvió sus ojos hacia la vieja. Al poco aflojaba la presión de su cuerpo, deshaciendo su siniestro abrazo. Jack quedó libre.

Pero ahora le daban violentos escalofríos. Y sentía un frío horrible.

—A pesar de lo que has intentado —dijo la vieja—, podemos ponernos de acuerdo… Mejor dicho, precisamente por lo que has intentado, *sé* que podemos ponernos de acuerdo… Tienes espíritu de criminal, de asesino… Esto me interesa. Necesito de ti.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, y mientras tanto miraba de soslayo, horrorizado, a la larguísima boa, temeroso de que volviera a caerle encima de un momento a otro.

—Te contestaré —ella se había agachado, recogiendo la antorcha y dejándola clavada, sujeta, en la hendidura de una roca —. Pero no tengas miedo de *Nakka*. No te hará daño si yo no se lo mando. La tengo muy bien amaestrada.

—¿Cómo…, cómo has conseguido amaestrarla? —Jack no salía de su asombro, de su perplejidad.

Como tampoco podía salir de su pavor ante aquella gigantesca serpiente, que le miraba fijamente, como si pretendiera hipnotizarle.

Todo aquello daba la sensación de ser una pesadilla. Una aterradora e incomprensible pesadilla.

—Ni yo misma acierto a comprender cómo lo he conseguido —dijo la vieja—. En realidad, yo soy la primera sorprendida en esto… —y le explicó—: Cuando salí del manicomio, lo primero que hice es venir a ver mi tesoro… Pero al llegar me di cuenta de que sobre el cofre, estaba esta boa… Enroscaba el cofre como si no estuviera dispuesta a soltarlo. Pero yo había pasado mucho tiempo, ¡mucho!, no sé cuánto…, he de averiguarlo… Pero mucho, mucho, y soñaba con vivir ese momento, y no me vi capaz de retroceder. Avance hacia la boa, dispuesta a morir antes que a renunciar a mi tesoro.

«¡Apártate, bestia inmunda! —le grité—. Esto es mío. ¡Sólo mío!». Y cuando ya esperaba que la boa se echara sobre mí, se enroscara a mi cuerpo y me aplastara, retrocedió… Y desde entonces me obedece siempre… La llamo *Nakka*. Es un nombre bonito, ¿no te parece?

—Parece increíble… —musitó Jack notando que, a pesar de su frío, estaba sudando.

—Nunca he tenido más seguro mi tesoro —se rió de nuevo la vieja—. Ningún guardián podría ser más fiel y obediente que *Nakka*.

—Parece increíble —repitió, y cada vez sudaba más copiosamente.

—Bueno, te decía que necesito que colabores conmigo. ¿Estás dispuesto a hacerlo? Supongo que sí. Pero antes escucha… lo que estoy dispuesto a darte a cambio de la colaboración que te pido. ¡La mitad de este tesoro! Ni una moneda menos.

Jack abrió los ojos desmesuradamente. ¿Era posible que la loca le estuviera ofreciendo, clara y abiertamente, la mitad de aquella fabulosa fortuna?

No parecía tener sentido.

Pero el sentido se perfiló cuando la vieja dijo:

—He de vengarme. Me sobra *él*…, el hombre que se burló de mi amor, de mis sentimientos… Y me sobran sus tres hermanas, que siempre se rieron y se burlaron de mí… Y también me sobra el padre… Bueno —se encogió de hombros—, el padre es el que siempre fue más bueno conmigo… Por eso, en un principio, había pensado en ponerme de acuerdo con él… Pensaba inducirle a ser mi aliado, tentándole con este tesoro. Claro, no cabe mayor tentación… ¿No eres de mi mismo parecer?

—Sí, sí —musitó Jack.

—Pero le di vueltas a mi idea, y pronto llegué a la conclusión de que a un padre, por mucho que se le tiente, no es fácil que se vuelva contra sus propias hijas… En conclusión, también el padre me sobra… Así será completa mi venganza. No sé si lo sabes —refirió —, pero el padre ya ha estado aquí…

—¿Cómo? —Se sofocó—. ¿No me decías que nadie más que tú y yo sabíamos que…?

—Ha estado aquí —se rió nuevamente—, pero sin saber que esto

es el interior de la cascada. Llegó con los ojos tapados, aturdido por una droga… Una droga que yo misma le inyecte. La robé del manicomio, ¿sabes? A veces estaba en la enfermería, y aproveché una ocasión… Pero toda esta explicación es larga y no es este el momento de hablar tanto. Ahora hemos de aclarar, de puntualizar… Tú vas a ayudarme, ¿sí o no?

—Sí —afirmó Jack.

El precio era la mitad de aquella incalculable fortuna. No podía vacilar un solo segundo. Haría cuanto le pidiera.

—Se trata —repuso la vieja— de que los mates. Sólo cuando estén muertos, yo podré respirar tranquila.

—¿Matarlos yo…? —Jack ya se lo esperaba— ¿A quiénes?

—A *él*…, al hombre que se burló de mí. Sigue viviendo en el mismo lugar, en la misma casa. Es el que tiene los ojos tan de malo… Y también han de morir sus tres hermanas. Y el padre… —y añadió—: A ti te resultará fácil. Tú vives bajo aquel mismo techo, ¿no es cierto? Debes ser un criado, ¿verdad?

—Sí, sí —ratificó—, soy un criado de ellos. Pero yo no puedo… —ahora tartamudeaba.

—Sí puedes. La recompensa vale la pena, ¿no crees? De todos modos, no voy a exigirte que los mates a todos. Mira… —se reía otra vez—. Tú mata a dos de ellos y del resto me encargo yo.

Jack no respondió nada. Estaba tragando saliva. La boa seguía allí cerca, erguida, jadeante, silbando siniestramente… Parecía al acecho de lo que pudiera pasar.

—Se me ocurre un sistema —dijo la vieja—. ¿Llevas papel y bolígrafo? Pues dámelos… Cortaré cinco papeles, todos iguales… En cada uno de ellos escribiré un nombre… Luego revolveré los papeles… Cogerás uno al azar… El que sea, ése será tu primera víctima.

Jack temblaba.

—Luego, cuando el primero esté muerto, lo haremos otra vez… Así sabrás a quien le toca morir el segundo… Después, ya no te pediré nada más. Con que lo hagas dos veces será suficiente. ¡Y tendrás la mitad de todo esto! Podrás llevártelo. Qué, ¿aceptas?

Jack seguía temblando. Pero más que nunca se sentía malo, perverso, lleno de incontenible y acerba ambición.

—Sí —respondió.

La vieja cogió los cinco papeles, todos iguales. Empezó a escribir en uno de ellos, mientras sus labios murmuraban:

—El hombre vil que me engañó…

Volvió a escribir en otro papel.

—La hermana mayor…

Otra vez volvía a escribir.

—La hermana mediana…

Un nuevo papel:

—La hermana pequeña…

Y finalmente resbaló la tinta del bolígrafo sobre el último papel:

—El padre…

Luego dobló los papeles, cuidadosamente como para que no pudiera haber trampa, y los revolvió.

Jack vaciló un poco. Aunque no mucho. Estaba dispuesto a lo que fuera con tal de conseguir lo que se proponía.

Su ansia de aquel dinero era febril, desesperante.

Cogió uno de los papeles, desdoblándolo, y leyendo en voz alta su contenido.

—La hermana mayor.

Jack pensó que su prima Bárbara no había tenido suerte. Pero ni se molestó en lamentarlo.

3

Al día siguiente todo empezó de un modo agradable, a lo que pareció contribuir el cielo, que se mostraba claro y despejado.

El nuevo invitado de la casa, supo desde el primer instante estar amable y simpático con todos ellos, dando alegría y vivacidad al ambiente.

Pero, al principio al menos, sus esfuerzos se estrellaron inexorablemente contra esa tensa inquietud que, evidentemente, todos ellos albergaban dentro de sí mismos.

Por uno u otro motivo, nadie allí vivía en paz consigo mismo. Esto no cabía ponerlo en duda.

Pero luego, poco a poco, Roger consiguió que esa extraña inquietud de ellos se fuera despejando, o al menos suavizando.

Connie Molkan, la menor de las tres hermanas, fue, sin embargo, la que antes se dejó prender en la agradable, desenvuelta y natural simpatía de Roger Taube.

Circunstancia que éste captó, no sin cierto halago por su parte, y que quiso aprovechar a la primera oportunidad.

—¿Por qué no me enseña los alrededores, Connie? Si no es molestia para usted…

Intervino Peter Molkan, cómicamente enfadado. A su hija tenía que tutearla. Mejor dicho, ambos tenían que tutearse. No cabía otra cosa entre los hijos respectivos de dos buenos y entrañables amigos.

—A la orden —sonrió Roger.

Instantes después salían de la casa. Iban seguidos por la mirada torva de Donald Sullivan, a quien por lo visto le había sentado pésimamente que el invitado reclamara para sí la dulce y

encantadora presencia de la muchacha.

Pero su mirada duró poco. Le llamó la atención lo que Bárbara dijo a su primo.

—¿Qué te sucede, Jack? Esta mañana estás muy pálido. ¿No has dormido bien? ¿Acaso has tenido pesadillas?

—No me pasa nada —repuso Jack, pero de un modo nervioso—. Estoy perfectamente. Nunca me he sentido mejor.

—Pues nadie lo diría —comentó Bárbara—. Además te noto extraño… No haces más que mirarme… Apenas me descuido, te veo con los ojos clavados en mí… ¿Qué me pasa en la cara, se me pegan las moscas?

—Si te miro, es sin darme cuenta —ahora se había desconcertado un poco—. No te pasa nada en la cara, claro que no.

Carolina intervino:

—Es simpático ese Roger. ¿Verdad que sí, Donald? —Su tono había sido marcadamente irónico—. A mí me ha caído muy bien.

—No sé a qué habrá venido —masculló Donald Sullivan, como único comentario.

—Es novelista —dijo Peter Molkan—. Busca argumentos para su nueva novela. Para mí es un placer tenerle aquí.

—¿Estará mucho? —preguntó Bárbara.

—No lo sé. No mucho. Supongo que cuatro o cinco días.

—¿Su padre tiene dinero? —volvió a preguntar Bárbara.

—Sí —dijo Peter Molkan—. Mi amigo es muy rico.

—Pues si lo es —repuso Bárbara—, ¿por qué no aprovechas la ocasión y le pides, por mediación del hijo, un préstamo…? Nos vendría muy bien.

—Me lo daría en seguida. No lo dudes. Es el mejor amigo que he tenido. Pero me sabe mal abusar…

—Ni tiene por qué hacerlo —advirtió Donald Sullivan—. ¿No estoy yo aquí, dispuesto a ayudarles en cuanto les haga falta?

—Gracias, Donald —pero vio tan turbia, tan torva la mirada de su interlocutor, que algo le dijo, quizá por primera vez, que su ayuda no podía, en definitiva, resultarle beneficiosa. De ello que añadiera—: Pero tampoco quiero abusar de usted, Donald, por lo que de ahora en adelante…

Pero se detuvo. Sabía lo crítica que era su situación.

—Así me gusta que seas, papá, decidido… —le animó Bárbara

—. Anda, acaba la frase. Acábala de una vez para siempre.

Donald Sullivan miró con coraje a Bárbara. Sabía que tenía en ella a su más indómita enemiga.

—No sé lo que te he hecho, Bárbara —se lamentó— para que siempre, en todo instante, estés contra mí.

—Has puesto los ojos en Connie —y seguidamente exclamó—: ¡Y ella no ha de ser para ti! ¡Jamás se casará contigo!

—Si ella está dispuesta a unirse a mí en matrimonio, ¿no comprendes que tus exigencias van más allá de lo razonable? Tan insólita incomprensión por tu parte…

—No quieras convencerme —le atajó bruscamente. No me convencerás nunca. Por más vueltas que le des al asunto.

—A mí tampoco has de convencerme —intervino Carolina.

Pero el caso de Carolina era distinto.

Y Donald Sullivan lo sabía.

* * *

Por eso cuando no mucho después Carolina y él se encontraron a solas, consideró oportuno dejar claro sentado entre ellos aquella faceta de la cuestión.

Ya estaba harto de que encubriendo algo inconfesable, Carolina se las diera de madrecita buena.

—A los demás podrás engañarles —le dijo Donald Sullivan—, pero a mí no. Si te niegas tan categóricamente a mi boda con Connie, no es porque yo te parezca un pretendiente poco digno de ella, es por algo distinto.

—No te entiendo —repuso Carolina, crispando sus facciones.

—Sí me entiendes —asintió él—. Pero que yo te haya descubierto, no debe extrañarte. Somos tal para cual Carolina. Hechos de un barro muy parecido.

—Lo del barro adjudícatelo a ti… A ti, Donald, que has hecho de tu vida un lodazal. Algo demasiado sucio para que ahora puedas permitirte el lujo de fijarte en Connie, una chiquilla que merece mucha más honradez y caballerosidad de la que tú puedes ofrecerle.

—Puede haber suciedad en mi pasado, si, lo admito. Pero ¿qué hay en tu presente, Carolina? Anda, dímelo. Sé valiente y dímelo…

—y añadió—: Conmigo no te sirve fingir, tengo demasiado mundo… Cuando dejas esta casa y coges el autocar para ir a la ciudad, para hacer compras. ¿Adónde vas en realidad…? No, no hace falta que me contestes —el gesto agresivo de Carolina casi le indujo a dar un paso atrás—. Vas en busca de cualquier hombre… Del primero que te salga…

—¡Insolente! —Crispó furiosamente los puños.

—Y si te niegas a mi boda con Connie no es por ella, es por mí… —seguía hablando, imperturbable—. Te parezco apetecible… por decirlo de alguna manera, y quisieras que yo…

—¿Cómo te atreves? ¡Debiera clavarte las uñas en la cara! ¡Clavártelas hasta dejarle toda la cara llena de sangre!

—A su manera Bárbara es sincera, leal… Ella no encubre deshonestidades… Pero tú, Carolina, no eres más que una mujerzuela…

—Me pagarás estas palabras —a duras penas contenía su furia, mientras apretaba las mandíbulas hasta sentir que le dolían.

—Vale más que sepas que te conozco, que conmigo no te vale adoptar posturas falsas.

—No me conoces en absoluto —aseguró—. De ser como dices, no hubieras pensado por un solo instante que tú puedas parecerme apetecible… ¡Me pareces odioso, entérate! ¡Odioso y despreciable en todos los sentidos!

—Eso vas a tener que demostrármelo, Carolina —sonrió, con cinismo—. Demostrármelo con hechos, con tu propio proceder.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Esta noche, cuando todos duerman y todo sea silencio en esta casa, yo abandonaré mi dormitorio y me dirigiré al tuyo. Llamaré quedamente con los nudillos. Entraré a demostrarte… que no te soy tan odioso.

—Eres un fatuo —pero, a pesar suyo, brillaron atrevidos y procaces sus ojos—. No te molestes en intentarlo. Aquí no cerramos las puertas con llave, pero si entras gritaré con todas mis fuerzas. Estás avisado.

—Eso ya lo veremos.

—¿Y qué pretendes, ofreciéndome eso? —inquirió Carolina—. ¿Que luego te permita casarte con Connie…? Me parece que llevas demasiado lejos tu desvergüenza, tu desfachatez.

—No eres guapa —dijo Donald Sullivan— ni mucho menos… Pero hay algo en ti que resulta atrayente. Debe ser, digo yo, esa ansia de hombre que llevas dentro… Me gustará estar una noche contigo.

—No vas a conseguirlo. Donald.

—¿Prefieres ir a buscar aventuras a la ciudad? —Se le burló—. Es de mal gusto… ¡Vete a saber con quiénes das! ¡Hay tanta porquería!

Pero aquí quedó interrumpida la conversación entre ellos, pues oyeron unos pasos que se acercaban.

Era Bárbara, que venía con una labor de ganchillo en la mano.

* * *

Fuera de la casa, entre Roger Taube y Connie era todo infinitamente distinto.

Tanto como pueda serlo un trozo de tenebrosa y sucia oscuridad de un rayo de pura y diáfana luz.

Roger había estado hablando a la muchacha de su niñez, de su vida actual, de lo que esperaba que fuera su futuro. Le dijo que no tenía novia, pero que esperaba encontrar una chica bonita y honesta que colmara sus ensueños. Entonces se decidiría sin vacilar.

Mientras se había expresado así, su mirada no se había separado de ella. Estaba pensando que era lo más encantador del mundo. Nunca había conocido a otra muchacha como aquélla.

—¿Y qué me cuentas de ti misma? —preguntó él, tras una pausa no muy larga.

Paseando lentamente habían llegado hasta la orilla del río, hasta el lugar en que éste, cayendo desde lo alto de un terraplén, formaba una cascada.

Se habían sentado sobre la hierba. Se estaba bien allí. No hacía mucho frío y el sol calentaba bastante. Mientras no soplara el aire o no apareciera la bruma, sin duda se encontrarían muy a gusto en aquel lugar.

—Tengo poco que contar —respondió Connie, indudablemente hubiera preferido dejar ya aquel tema.

Pero Roger insistió:

—Tienes novio, ¿no es eso? Me refiero a Donald Sullivan…

—¡Oh, no! —protestó la muchacha.

—He oído decir que has accedido a ser su esposa…

Connie se echó a llorar, mientras alzaba las manos y se tapaba el rostro.

Luego, entre sollozos mal contenidos, repuso:

—No me atreví a decirle que no… Ese hombre me asusta. Me asusta tanto, que a pesar mío me domina a voluntad…

Aumentó su angustioso llanto, y Roger, para calmarla, para tranquilizarla, se acercó más a ella y le paso un brazo por los hombros, atrayéndola un poco hacia si.

Fue el suyo un gesto lleno de suavidad.

—Por favor, no llores…

Ella separó las manos de su rostro, alzando hacía Roger el verde brillante de sus preciosos ojos.

—Debe parecerte absurda mi actitud —murmuró—. Bien mirado, Donald Sullivan es un hombre como cualquier otro, y no debiera sentirme tan terriblemente asustada ante él… Pero no lo puedo evitar, veo algo sobrecogedor en su persona…

—A mí también me causó mala impresión —confeso Roger— apenas le conocí. No creo que se la cause buena a nadie. Tiene la mirada tan fría, tan cortante. Pero sinceramente creo, Connie, que su aspecto se puede justificar un temor llevado a límites tan rigurosos…

—Lo mismo me digo yo a veces.

—Si ese hombre no te gusta, debes negarte a sus proposiciones, y debes hacerlo de un modo claro, tajante y definitivo. Ni tú ni nadie puede casarse arrastrado por el miedo…

—No, claro que no —y Connie pensaba que resultaba confortador que Roger estuviera a su lado y que su brazo diera calor a sus hombros temblorosos—. ¿Sabes?, yo confío en Bárbara y en Carolina… Son fuertes, decididas, tienen mucho carácter, y sé que ellas no quieren esa boda.

—Pero es mejor que reacciones por ti misma, sin necesitar ayudas ajenas, que quizá en un momento dado podrían faltarte.

—Sí supongo que sí —convino—. De todos modos, tengo en mis dos hermanas una gran ayuda, estoy convencida de ello. Posiblemente mi padre cedería ante los argumentos de Donald

Sullivan ante su generosidad, pero ellas no le dejarán vacilar. En eso me escudo yo, que me siento débil ante un sujeto como él… Sí, me asusta horriblemente…

—Ahora me tienes a mí —dijo Roger, sonriendo—. Estoy dispuesto a ser tu más aguerrido defensor, si tú lo quieres.

—Gracias, Roger. ¡Claro que quiero! —Su agradecimiento fue grande, su emoción no fue menor, y el corazón se le puso a latir de una forma francamente significativa—. Son las palabras mis alentadoras que podía oír.

Roger pensó que debía retirar su brazo de los hombros de ella. No fuera la muchacha a interpretar mal aquel gesto, que había sido leal, sincero. De atrevimiento no tuvo nada.

Sin embargo, cuando yo su brazo se retiraba, algo le obligó a Roger a inclinarse hacia la muchacha. Y ese algo fue un sentimiento hondo, profundo, que le hizo comprender muchas cosas. Por lo menos las suficientes para darse cuenta de que todo aquello empezaba a ir muy en serio.

Y casi sin darse cuenta, se encontró besando a la muchacha.

Ella no protestó. La verdad es que había estado deseando que lo hiciera.

Roger se sintió feliz. Pero se creyó obligado a pedirle disculpas.

—No ha sido con mala intención… Pero eres tan bonita… ¡Te pareces tanto a esa chica adorable con la que siempre he soñado!

Dejaron de mirarse tiernamente a los ojos, al percatarse de que Jack se acercaba, o mejor dicho, de que estaba ya junto a ellos.

—Hace un día muy agradable, ¿verdad? —Había sido Jack el primero en hablar.

—Sí, es cierto —asintió Roger.

—Aquí no suelen haber muchos días como éste.

—Tiene razón Bárbara —dijo la muchacha—. Estás muy pálido. Jack. ¿No te encuentras bien?

—Sí, sí —asintió, pero ahora como antes muy nervioso—. Ya os he dicho que nunca me he sentido mejor.

Pero lo cierto es que se sentía desasosegado, enfermo. Tenía que matar a Bárbara y no encontraba el modo de hacerlo. No cesaba de dar vueltas y más vueltas a lo mismo.

Su ambición se había desbordado y era ahora verdaderamente desenfrenada.

Ciego de codicia, estaba dispuesto a lo que fuera preciso, pero quería sopesar con inteligencia, con astucia, todos y cada uno de los pasos que iba a dar. No quería correr riesgos inútiles.

Pero sabía que matar a una persona no era sencillo, así que sólo de pensarlo se agobiaba, sudaba, se sentía enfermo. Y todos se estaban dando cuenta de que le sucedía algo.

Bueno, él respondía que no le pasaba nada y esto era todo. ¡Qué iban a saber ellos! ¡Aquél era su secreto! ¡Su aterrador, horripilante, pero a la vez maravilloso secreto!

* * *

Peter Molkan cerró la puerta de su despacho y sonrió a Roger.

Luego hizo un gesto, ofreciendo asiento al hijo de su amigo, en quien confiaba plenamente. Le veía desenvuelto, decidido, alto, fuerte, el nombre apropiado para salvarle del grave apuro en el que se hallaba metido.

—Bien, muchacho —dijo seguidamente—. Dime ante todo qué opinas de mi familia. Dímelo con sinceridad.

—Su hija Connie es un ángel —sonrió—. En cuanto a Bárbara, creo que debiera animar más la expresión, sonreír más a menudo. Posiblemente entonces le saldría un novio.

—¿Y qué opinas de Carolina? —preguntó. Pero antes de que Roger se lo dijera, prosiguió—. Me tiene preocupado. Me refiero a su moralidad. No quiero pensar mal de ella, es mi hija, y yo las quiero a todas por igual, pero…

Roger vio sufrimiento en su rostro envejecido. Demasiado sufrimiento para que resultara humano seguir con aquel tema. Preferible, pues, dejarlo estar y enfocar el primordial, que en realidad era el que le había llevado hasta allí.

Pero fue el propio Peter Molkan quien optó por hacerlo así. De ello que se decidiera, de súbito, a decir:

—Hay algo más grave de qué tratar… Hablemos de ello. Roger… ¿Recuerdas lo que te decía en la carta? Pues sigo pensando lo mismo. La muerte asoma sus garras por entre las cuatro paredes de esta casa.

—Una muerte guiada, premeditada, cerebral, fueron sus

palabras —recordó Roger—. Palabras sobre las que he meditado largamente, llegando a una conclusión.

—¿Cuál…?

—Usted sospecha de alguien.

—No, no… —aseguró.

—¿Acaso de Donald Sullivan? No tiene cara de buena persona, por lo que su solo aspecto induce a la sospecha. Pero yo personalmente opino que con frecuencia los que parecen muy malos no son los peores… De ello que, antes de sospechar, hay que…

—No, yo no sospecho de Donald Sullivan. En realidad, para sospechar de alguien tendría antes que encontrar sentido a esta pesadilla… Y no la tiene…

—¿Y su sobrino Jack? —preguntó Roger—. ¿Es de fiar en todos los sentidos? Yo apenas le conozco, no puedo juzgarle aún.

—Es un buen muchacho. Por lo menos por tal le he tenido hasta ahora. Pero si a alguien tendría que acusar sería a…

Se detuvo.

—¿A quién? —preguntó Roger.

—A la loca. Me han dicho que ya no está en el manicomio, que le han dejado salir… Se trata de una vieja historia, que todos por aquí recuerdan, pero que tú, como es natural, ignoras…

—Se equivoca. Estoy al corriente de esa historia. Pero simplemente deduciendo no creo que lleguemos a nada práctico, así que, a partir de esta noche, yo no me limitaré a vigilarle a usted… Vigilaré a todos los de la casa y también los alrededores y cuanto, dentro o fuera de aquí, crea que pueda llevarnos al esclarecimiento de los hechos. De estos hechos que parecen sin lógica ninguna. Pero la tienen. Esto ni usted ni yo podemos ponerlo en duda.

Prosiguió, tras respirar hondo.

—Dígame, señor Molkan, esas dos veces… me refiero a cuando fue conducido a esa gruta, ¿cuánto anduvo usted? ¿Cuánto anduvo —recalco— desde el momento en que dejó la puerta de la casa hasta que llegó al lugar del tesoro…?

—No sé… —vaciló Peter Molkan—. No sabría decirlo.

—Con exactitud no, pero aproximadamente…

—No, no. Te lo dije, Roger, me dominaba una extraña laxitud, me vencía un raro sopor.

—¿Diez minutos? —inquirió Roger—. ¿Quince? ¿Tal vez veinte?

Pero Peter Molkan denegaba con la cabeza. Honradamente no podía responder nada.

—¿Tampoco puede decirme si fueron en dirección al río o viceversa?

—No, tampoco. Iba con los ojos tapados, con un pañuelo negro. No veía absolutamente nada.

—Pero su intuición…

—No, no puedo ayudarte —su desaliento era manifiesto—. Créeme que lo lamento, Roger.

—Bien —resumió—, de momento no queda otra opción que estar muy pendiente de los pequeños detalles. Y es lo que pienso hacer yo, así como tener muy abiertos los ojos durante las noches, para que si sucede algo revelador pueda percatarme de ello.

—Sí, Roger, Y una vez más, gracias por todo lo que estás haciendo por mí. Nunca te lo agradeceré bastante. Pero ten cuidado, no vaya a sucederte algo malo.

—No estoy solo —sonrió Roger, y metiendo la mamo en el bolsillo derecho de su americana, saco una pistola—. Bonita, ¿verdad? Hay que ser precavido, señor Molkan.

4

La casa permanecía en silencio.

Un silencio que abarcaba tanto a la planta baja, donde se hallaba el despacho, el comedor y el cuarto de estar, como al piso, donde estaban situados los dormitorios.

El menor ruido se hubiera percibido claramente. Por lo menos por quien, como Roger, no se había acostado y permanecía en el pasillo, metido en el codo de una puerta, la que correspondía a un lavabo que apenas era utilizado. Estaba a la expectativa de lo que pudiera suceder.

Tenía la corazonada de que no tardaría en moverse alguien. Y aunque comprendía que no se puede vivir al dictado de las corazonadas, se decía también que éstas no deben desdeñarse del todo.

Seguía, por tanto, en su lugar estratégico.

Pronto, en efecto, había de suceder algo.

Pero fue lo que Roger menos podía esperarse en aquellos instantes en que su mente se hallaba absorbida por otra clase de pensamientos.

Se entreabrió una puerta y salió Donald Sullivan al pasillo, andando sigilosamente hasta llegar al dormitorio de Carolina.

Al llegar allí se detuvo y cogió el manillar. Pero no hizo falta que lo girara.

Se giró solo. Es decir, se movió impulsado por una mano que lo sujetaba desde el interior de la estancia.

Se abrió la puerta.

Roger se pegó más contra el recodo del lavabo. Pero asomaba

los ojos y veía bien a Donald Sullivan.

Sobre todo le veía bien ahora, que esa puerta había abierto dándole en la cara la luz encendida de la habitación.

Había aparecido Carolina. En sus ojos había una mirada más desvergonzada que nunca.

—Me lo he pensado mejor, Donald —le oyó decir Roger—. No estaría bien que escandalizara a todos con mis gritos. Pasa…

—Estaba seguro de que sucedería algo así —Donald Sullivan sonreía—. Yo conozco muy bien a las mujeres.

—Te dije que eres un fatuo, ¿no? Pues te lo vuelvo a repetir. Pero la verdad es que me gustas a rabiar. Pasa…

Donald Sullivan no se lo hizo repetir, y la puerta volvió a cerrarse. Y volvió la oscuridad al pasillo.

Pero no era una oscuridad absoluta, pues el cielo se hallaba bastante estrellado y cerca de allí había una pequeña ventana, por la que entraba la claridad.

* * *

Y fue a través de esa misma ventana, cuando a la noche siguiente a Roger Taube le pareció ver una sombra que se movía cerca de la casa, que se agazapaba frente los matorrales del río.

No vaciló un solo instante.

Se dirigió hacia la escalera, descendiendo rápidamente y saliendo al exterior, en busca de quien fuera.

A él no le asustaba la idea de quien pudiera ser.

Tanto si era la loca, como si se trataba de cualquier otra persona, le haría frente sin vacilaciones.

Ya en el exterior, achicó los ojos, intentando hacer más aguda su mirada. No conseguía localizar esa sombra que antes viera. Posiblemente porque, por instantes, se estaba levantando uno densa bruma.

Pero le pareció que esa sombra se había ido río abajo, y optó por seguir aquel camino. No sin tomar precauciones, pues sabía que aquél no era un juego de niños.

Había de regresar una hora después, sin haber tocado a esa persona, que supuso había huido al verse en peligro de ser

descubierta.

Pero lo lamentable fue lo que, en aquella hora, sucedió en la casa.

Algo horrible.

Una muerte aterradora.

Cuya víctima había de lanzar antes de perecer unos alaridos de infinito pavor.

Sucedió que Bárbara estaba desvelada, preocupada, aunque sin saber ciertamente por qué. En realidad no le sucedía nada de particular.

Estuvo hojeando unas revistas, e iba a acostarse, sería medianoche, cuando recordó que había dejado en el cuarto de estar una carta a medio escribir.

Pensó que podía concluirla. Si se metía en la cama seguro que no se dormiría.

Optó por bajar.

Y así lo hizo, no sin experimentar un tanto de sorpresa al ver que Roger acababa de hacer otro tanto. Él saliendo fuera de la casa.

Pero no le prestó excesiva atención. Supuso que como ella no tendría sueño y que habría salido a fumar un cigarrillo. Simplemente eso. Nada de particular.

Muy poco después, oyó que alguien, desde el exterior, daba unos golpecitos a los cristales de la ventana del cuarto de estar.

Se giró sobresaltada. Pero en seguida se animó la expresión, pues quien veía a través de los cristales era su amiga Luisa.

Era la hija del dueño del parador de la carretera. Un parador situado a un kilómetro escaso de allí.

Pero ¿qué podía querer Luisa a tales horas y con tanto sigilo? No era fácil imaginarlo.

Luisa era su única amiga. Tenían una edad parecida y gustos bastante análogos. Solían salir juntas de vez en cuando.

—Pero, bueno, ¿qué es lo que sucede? —le pregunto Bárbara cuando ya estuvieron juntas, tras haber ofrecido asiento a su amiga, que jadeaba—. Me encuentras levantada por casualidad. Es más de medianoche.

—Ya lo sé —le dijo Luisa—. Te pido disculpas. Pero se trata de que no sabía adónde ir.

—Hablas como si no tuvieras casa. ¿Y el parador? ¿Qué le ha

sucedido al parador? ¿Ha desaparecido de la carretera?

—Me he enfadado con mi padre.

—¿Por qué?

—Es sencillo de explicar, quiere casarme con un camionero. Un hombre que a mí se me atraganta. Le he dicho a mi padre que no una y mil veces. Pero ¿sabes lo que, una y mil veces, me ha respondido? Pues que me casaré con él quiera o no, que está harto de que no encuentre marido, que esta oportunidad no la dejaré pasar…

—¿Y tan mal está ese camionero?

—Oye, Bárbara, ¿me dejas que esta noche me quede aquí, en tu casa? Por favor, no me digas que no.

—Puedes quedarte.

Y así, de este modo tan sencillo, fue como Luisa se acostó en la cama de su amiga Bárbara.

Ésta le dijo:

—Yo me iré a otra habitación, no te preocupes. Lo importante es que tú descanses bien. Buenas noches.

Y mientras tanto, Jack acariciaba el afilado cuchillo que había conseguido quitar de la cocina sin que nadie reparara en ello.

Mientras Connie y Carolina trajinaban con los platos de la cena, supo encontrar la ocasión de apropiarse de lo que necesitaba para… acabar con una vida.

Y ahora era el momento de rematar su obra. Bárbara había bajado al cuarto de estar, sin duda para buscar algo, pero ya había vuelto a su dormitorio y sin duda estaría ya durmiendo.

Cuanto antes lo hiciera mejor.

—¿A qué dilatar su propia angustia?

Lentamente salió de su dormitorio, encaminándose hacia el de Bárbara. Giró lentamente el manillar, sin hacer ruido.

Oyó cómo Bárbara dormía profundamente.

Sosegándose algo, siguió adelante, con el cuchillo alzado, pronto a descargar un golpe certero.

Pero todo él sudaba, y el mango del cuchillo parecía escurrírsele de entre la mano.

Estaba ya junto a la cama. ¡Veía el bulto del cuerpo!

Tragó saliva, alzó la mano y profirió una terrible escalofriante cuchillada.

Pero la afilada hoja no dio en el corazón, ni en ningún lugar vital, y la víctima abrió los ojos, enloquecida de horror, de espanto, de terror, y se puso a gritar de un modo que no bastan las palabras para expresarlo.

Sólo entonces se dio cuenta Jack de que aquélla no era Bárbara, sino su amiga Luisa.

Pero ya era tarde para retroceder. Detenerse era condenarse a sí mismo, y esto era lo último que podía hacer.

Volvió a alzar la mano, y volvió a descargar implacablemente el golpe contundente del afilado cuchillo.

Y así una y otra vez, entre los alaridos enloquecidos de su víctima, cuya cabeza, rostro, cuerpo y muslos habían de acabar inundados de heridas y de sangre.

Porque Jack se desquició en su afán de matarla, en el ansia de acabar pronto con aquella vida, y la acuchilló por todas partes, casi sin saber dónde daba.

Los gritos despavoridos y horripilantes de la víctima despertaron a todos, pero cuando uno y otros llegaron al dormitorio… el asesino había desaparecido.

El cuerpo de Luisa, mitad en la cama y el resto fuera, colgando, se hallaba sin vida.

Le salía la masa encefálica. Le asomaba el corazón, ya sin latidos. Se le desbordaban los intestinos.

Verla resultaba un espectáculo que, no sólo causaba pavor, sino también náuseas…

5

Fue la policía quien, con sus interrogatorios, pareció sospechar de todos. Absolutamente de todos.

Menos de Donald Sullivan y de Roger Taube.

Donald Sullivan pudo atestiguar y demostrar que en aquellos momentos se hallaba en el parador de la carretera, tomándose unas copas. Precisamente en el parador cuyo dueño era el padre de Luisa. En tal sentido, sobraban los testigos.

En cuanto a Roger Taube. que se alejó de la casa siguiendo a esa sombra que le pareció ver agazapada entre los matorrales del río —que no era otra que la propia Luisa—, acabó cruzándose, cerca de la carretera, con un grupo de muchachos que regresaban de una velada divertida, y estos muchachos pudieron asimismo testimoniar en su favor. Respecto a él todo fue, asimismo, sencillo.

En cuanto a los demás, la cosa ya no estaba tan clara. Pero la policía, de momento al menos, tuvo que conformarse con esos iniciales interrogatorios.

No había pruebas evidentes contra nadie.

Todos y cada uno de ellos dijeron lo mismo. Estaban en sus respectivos dormitorios. Se despertaron al oír los gritos y acudieron presurosos al lugar del hecho. Pero ya era tarde para todo.

—Han querido matarme a mí —dijo Bárbara, pero la voz le salió firme—. Nadie me sacará esta idea de la cabeza.

La policía ya no se hallaba en la casa.

En el cuarto de estar permanecían reunidos todos ellos. Las tres hermanas, el padre, el primo Jack y Donald Sullivan. Y el nuevo invitado de la casa, Roger Taube, que fue quien respondió a

aquellas palabras recién pronunciadas.

—Opino lo mismo. Sí, sí —se anticipó al gesto alarmado de Carolina—. Hay que admitir la realidad. Pretender desoírla podría tener muy graves consecuencias.

—Pero ¿quién iba a querer matar a Bárbara? —protestó Carolina, tras su momentánea alarma—. ¿Y para qué? ¡Esto no tiene ni pies ni cabeza!

—No podemos saber lo que pretendía el asesino —dijo Roger—. Esto es un misterio para nosotros. Pero lo que sea, debe seguir pretendiéndolo… ya que la muerte de Luisa no es lo que buscaba. Sólo se ha tratado de un error por su parte, de un cálculo fallido, que indudablemente le hará reincidir a la primera ocasión que tenga…

—Estoy convencida de ello —repuso Bárbara, pero su voz seguía firme, sin ofrecer al auditorio vacilaciones de ninguna índole. Y añadió—: Si ese asesino pretende asustarme, se equivoca. No estoy asustada, en absoluto. Sobre todo porque…

—¿Por qué? —inquirió Roger Taube al ver que los demás no se atrevían a formularle la pregunta.

—Sospecho quién ha sido. Pero, claro —quiso puntualizar—, sólo se trata de una suposición mía. Acusaré cuando esté segura, a su debido tiempo.

Jack palideció un poco.

Carolina esbozó una media sonrisa, que desde luego fue más bien una mueca.

Peter Molkan se removió en su asiento.

Connie miró un tanto inquieta a su alrededor.

Y Donald Sullivan, que reparó en la reacción de unos y otros, fue el que dijo, evidentemente mucho más tranquilo y mucho más sereno que ninguno de los allí reunidos:

—Estáis demasiado impresionados… Principalmente tú, Bárbara, claro, es comprensible… Pero mañana los ánimos se habrán apaciguado y todo se verá más objetivamente… Os aconsejo un poco de calma… Os lo aconsejo a todos…

—Se nota —dijo Bárbara— que Luisa murió en mi cama, no en la tuya. No estarías tan sereno…

—Alguien quiso matar a Luisa —repuso Donald Sullivan— y la siguió hasta aquí, lo mismo que podía haberla seguido hasta otra

parte. Al menos es ésta mi versión de los hechos.

—No me convence. Yo sigo…

—Con la idea de que conoces la identidad del asesino, ¿no es eso? —habló de nuevo Donald Sullivan—. Y con la idea, asimismo, de que la víctima debías haber sido tú.

—Exactamente. Y como ves, nuestro amigo Roger opina otro tanto.

—Sí —dijo éste—, por lo que te recomiendo, Bárbara, que tengas mucho cuidado de ahora en adelante.

—Sí, me cerraré con llave por las noches.

—Todo el cuidado que tengas será poco —intervino el padre—. Pero dinos. ¿De quién sospechas?

—¿De qué serviría que lo dijera, si no estoy segura?

—Pero ¿por qué esa persona ha podido pretender…?

—No lo sé, padre —contestó Bárbara—. Esto sí que no lo sé.

—¿Supones, acaso, que ha podido ser la loca?

—¡Padre, no digas insensateces! —Y la exclamación de Bárbara brotó instantánea—. ¡Esa historia es más vieja que un pergamino! ¡Esa historia ya se ha perdido para siempre en el pasado! ¡Esa historia está ya muerta y enterrada!

* * *

Pero iba a ser ella, Bárbara Mollean, quien no iba a tardar en estar de esa forma, es decir, inapelablemente muerta y enterrada.

Tal como suena.

Sí, porque su fin estaba próximo. Tanto como pueda estarlo una agonía mortal del último estertor.

Sólo que ella no suponía eso cuando se dirigió hacia el río, muy de mañana.

Jack había dicho que se marchaba en el autocar y que posiblemente regresaría muy tarde. Ella lo creyó así.

Y por eso se fue tranquila hacia el río, pues lo cierto es que desconfiaba precisamente de él.

No porque tuviera ninguna sospecha en concreto contra Jack, pero algo dentro de sí misma le decía que había sido él quien había acuchillado una y otra vez a su amiga Luisa. Quien, sin lugar a

dudas, había pretendido acuchillarla a ella.

Se sentó junto a los tupidos matorrales que en aquel lugar bordeaban la vereda del río, queriendo y necesitando a la vez respirar un poco hondo.

Se había mostrado serena e imperturbable ante los demás. Pero ella sabía muy bien que por dentro estaba nerviosa, excitada, apenas pudiendo contenerse.

Sentada junto a aquellos matorrales, depositó la mirada en las aguas del río, que aquella mañana bajaban más limpias que de costumbre, y no oyó un pequeño crujido, muy cerca de ella.

Por eso fue tarde cuando una rama de aquel mismo matorral le rodeó el cuello, apretando fuerte, furiosamente, desde el primer momento.

Tuvo tiempo de girar la cabeza y ver a la persona que estaba a sus espaldas.

Exactamente quien ella esperaba ver.

—Jack… —murmuró, y estaba ya ahogada, sofocada, con toda la sangre abotargándole el rostro.

Jack gastaba todas las fuerzas de su cuerpo pequeño, débil, aparentemente inofensivo, en apretar.

A Bárbara le salía la lengua, temblorosa, jadeante, llena de espumosa saliva.

Jack seguía apretando.

Ella movía desesperadamente la cabeza de un lado al otro y agitaba y alzaba las piernas, haciendo gestos grotescos, ridículos, que en otras circunstancias hubieran inducido a la risa.

Jack siguió su tarea, implacablemente.

Bárbara continuó moviéndose, rebelándose, pero de un modo totalmente incapaz.

Jack siguió dominando la situación.

Por entero.

Hasta que los brazos de Bárbara cayeron exangües a lo largo de su cuerpo.

Pero Jack aún apretó un rato más. Por si acaso. No quería fallar.

Luego echó la rama al río, para que la corriente se la llevara, para que la arrastrara. Así no quedarían huellas digitales que pudieran comprometerle.

6

La policía intervino nuevamente. Pero tampoco detuvo a nadie.

Aunque pudo haber sido uno de los de la casa, también pudo ser cualquier otra persona.

En conclusión, en aquella casa, de paredes agrietadas y carcomidas por la humedad, y puertas y ventanas deterioradas por las acometidas del viento, todo siguió, tras el entierro, como si verdaderamente no hubiera sucedido nada de particular.

Pero un dolor intenso, vibraba en el corazón de quienes habían querido bien a Bárbara, y Roger Taube, que se apercibió claramente de ello, se dijo que era preciso tomar medidas apremiantes.

No obstante, ¿qué podía ciertamente hacer él que ya no hubiera hecho? Él no podía vigilar a la vez a todos los componentes de la casa. Esto se escapaba a las normales y lógicas posibilidades de un ser humano.

Pero el camino a seguir se lo indicó algo que, según como se mirara, podía catalogarse de mera coincidencia.

Estaba junto a la puerta de la casa, cuando vio de lejos a una vieja.

«¿Será la loca?», se preguntó.

Optó por seguirla.

Era el atardecer, el cielo estaba muy nublado y amenazaba lluvia, y por lo demás hacia un viento muy fuerte, con acometidas furiosas, por lo que no se veía a nadie por los campos.

El panorama no podía ser más solitario.

La siguió a distancia, para que no se diera cuenta de la vigilancia de que era objeto. Esto resultaba básico.

Reparó en que la vieja se dirigía hacia el río, hacia el terraplén. Luego la vio desaparecer tras la cascada.

La primera reacción de Roger fue de viva sorpresa, pues que la vieja hubiera desaparecido tras la susurrante cascada, significaba que allí dentro había algo más…

Pero sólo se acercó pasados unos minutos, ya que seguía pretendiendo que su presencia no fuera reparada.

Pasó tras el breve espacio que la cascada dejaba libre, viendo entonces que había un camino, un largo pasadizo.

Por lo demás, no fue preciso que diera muchos pasos para reparar en que allí, al fondo, había claridad.

Se trataba de una antorcha encendida.

Con más precauciones que nunca. Roger siguió adelante por aquel pasadizo. Pero de súbito quedó materialmente inmovilizado.

No de miedo, porque por naturaleza era un hombre valiente, pero sí inmovilizado al experimentar una insólita perplejidad, que a cualquier otro, eso sí, le hubiera puesto la cara del color de la cera.

Allí, junto a la vieja aquélla, llena de andrajos, descalza, había una horripilante y pavorosa boa…

Una boa inmensa, cuyo cuerpo se mostraba ondulante y a la vez erguido, mientras profería un silbido quedo, pero continuo y siniestro.

—¡Cállate. *Nakka*! —Le oyó exclamar a la vieja—. No nos molestes… ¿No ves que estamos hablando…?

Entonces Roger comprendió que la vieja no estaba sola.

Pero no podía ver a nadie más. Para conseguirlo hubiera tenido que adelantarse por el pasadizo, hasta desembocar en el espacio que se ensanchaba, y esto no podía hacerlo porque, en tal caso, la monstruosa boa se daría cuenta de su incursión.

Era preferible que siguiera escondido entre la oscuridad del pasadizo, escuchando lo que allí se hablaba…

—Has desempeñado muy bien tu cometido —sonó de nuevo la voz de la vieja—. Tenías que matar a la hermana mayor y lo has hecho con prontitud y sin que sospechen de nosotros. Estoy orgullosa de ti.

Acto seguido hubo una pausa, y a continuación sonó de nuevo su voz, mientras ella, con unos pequeños papeles en la mano, se adelantaba hacia el lugar que, desgraciadamente. Roger no

abarcaba a ver:

—Coge uno… El que quieras… A tu gusto… Así sabremos quién ha de ser la segunda víctima…

Un nuevo silencio.

No se oía para nada la voz de la otra persona.

—Voy a desdoblar el papel que has elegido —de nuevo hablaba la vieja—. A ver… A ver… Pone… «La hermana mediana»… Pues ya lo sabes… Ahora te toca eliminarla a ella… Y recuérdalo, en cuanto ella esté muerta habrá acabado todo tu trabajo… ¡Y la mitad de esta fortuna será tuya!

Fue en aquel momento cuando Roger, por primera vez, reparó en el cofre negro, que permanecía abierto. Viéndose en su interior infinidad de monedas de oro, rubíes, esmeraldas, zafiros y brillantes. Esplendorosas joyas, cuyos reflejos radiantes llegaban hasta allí…

Pestañeó desconcertado, aturdido y fascinado. Y eso que, por la versión de Peter Molkan, sabía ya que aquel tesoro existía.

—Bueno, es mejor que ahora te vayas —dijo la vieja—. No hemos de cometer imprudencias. Nadie debe saber que este tesoro existe. Ni nadie lo sabrá —se echó a reír. Es nuestro secreto… El secreto de quien todos llaman la loca, cuando en realidad siempre he estado perfectamente cuerda… Sólo que necesito vengarme, para no enloquecer de verdad… Anda, vete ya.

Roger llevaba la pistola.

En cualquier otra circunstancia se hubiera atrevido a intervenir. Y no sólo eso, no hubiera parado hasta detener a esa otra persona… al asesino.

Pero Roger contaba con tener que enfrentarse con personas, no con bestias. Menos aún, con esa impresionante y pavorosa boa, que obedeciendo órdenes de la vieja, sin duda podría acabar con él en brevísimos segundos.

Sólo cabía, pues, una medida prudente.

Salir de allí antes de ser visto, y luego pensar con calma en lo que era más conveniente hacer.

Lo contrario equivaldría a una muerte cierta, ya que no sería fácil que su puntería pudiera de buenas a primeras con un escurridizo y cimbreante reptil.

Retrocedió lentamente, y poco después dejaba atrás la cascada,

quedándose relativamente cerca, empero, para ver quien salía de allí.

Pero las tinieblas de la noche se habían adueñado de los campos, del río, de la cascada, de todo, y ya no era posible ver nada.

Cuando Jack salió de allí. Roger Taube no acertó a reconocerle.

El asesino no fue más que una sombra de las muchas que ya tenía la noche.

* * *

Su primera intención fue avisar a la policía, pero terminó desatendiendo y descartando su propia idea. Roger se dijo que, haciéndolo de tal modo, lo más seguro sería que no consiguieran detener nunca al asesino.

Éste, en cuanto se viera en peligro de ser descubierto, se esfumaría y posiblemente para siempre.

Era mejor proceder con cautela, con astucia, y cogerle con las manos en la masa.

Pero esta postura tenía indudablemente sus riesgos.

Riesgos que Roger tenía el deber de evitar. Lo que de momento no podía resultarle difícil, ya que ahora sabía que Carolina debía ser la próxima víctima.

Por lo menos es lo que pretendían.

Así, pues, apenas llegó a la casa fue al encuentro de la hija mediana de Peter Molkan. Tenía que prevenirla, sin más tardanza. Esto ante todo.

Se alegró de encontrarla sola en el cuarto de estar. Así no tenía por qué asustar excesivamente a los demás.

—No me pidas explicaciones, Carolina, dado que no puedo dártelas… —y le hizo saber—. Pero sé que estás en peligro. En grave peligro. Alguien quiere matarte también a ti…

Carolina se estremeció, pero de una forma tan leve, tan contenida, que casi resultó imperceptible.

—¿De veras? —No quería, por lo visto, demostrar miedo.

—Si —y tras mirarla fijamente, Roger añadió—: No ignoro lo que hay entre Donald Sullivan y tú… A tu padre no le he dicho nada, no temas. Sería demasiado doloroso para él.

—No sé a qué te refieres —quiso negar lo que era ya una evidencia.

—Por otra parte —dijo Roger—, a mí eso no me importa. Pero sí me importa que por las noches cierres bien con llave la puerta de tu dormitorio.

—Ya lo hago —contestó Carolina—. No me creas tonta… Después de cuanto ha sucedido, todo tan horrible…

—¡Pero no debes abrirla, bajo ningún concepto…! Ninguna noche… Ya me entiendes, ¿no? Creo hablar claro…

A Carolina le había sentado mal que Roger hiciera alusión a lo que había entre Donald Sullivan y ella, pero aún le sentó peor aquel último añadido, que más claro, ciertamente no podía estar.

—Yo elijo mis compañías —puntualizó, secamente—. ¡Yo abro la puerta a quien quiero!

—No lo hagas esta noche, ni las próximas noches. Si lo haces, yo declino toda responsabilidad.

—Soy mayorcita, ¿no?

—También lo era Bárbara y ya viste cuál fue su final.

—Espantoso.

—Sí —convino Roger—, espantoso. No quieras imitarla.

—No quiero… Pero tampoco quiero aceptarte a ti como moralista de la familia. No eres más que el hijo de un amigo de mi padre —y aclaró—: Entérate de una vez. Yo hago de mi vida lo que más me place.

—Una norma que te aconsejo dejar para más adelante.

—No suelo aceptar consejos.

—Puedes lamentarlo.

—Esperemos que no.

—Bien, tú misma…

No quiso insistir más. Hacerlo podía resultar contraproducente. De todas maneras, estaba casi seguro de que Carolina, cuando llegara el momento, reaccionaria con la prudencia precisa.

Seguidamente, Roger la dejó en el cuarto de estar y se fue a buscar a Connie. Al entrar en la casa la había visto en la cocina, sin duda preparando la cena.

Pero si al entrar la vio sola, ahora estaba acompañada.

Y mal acompañada, porque era Donald Sullivan quien se hallaba a su lado. Y no precisamente mostrándose todo lo amable que sabía,

sino todo lo contrario.

Había cogido a la muchacha por un brazo, y lo hacía con tanta fuerza, con tanta rabia, que debido al dolor los ojos de la muchacha aparecían llenos de lágrimas.

—Me haces daño…

—De mí no se burla nadie, Connie, debieras saberlo —la voz de Donald Sullivan se dejaba oír excitada, violenta.

—Suéltame, te lo ruego… —suplicó ella.

—¡Conmigo no juega nadie!

—He cambiado de parecer… Lo lamento, Donald, pero es así… Te ruego que no insistas más… —a pesar de las lágrimas de sus ojos, no había debilidad en la muchacha.

Se mostraba firme, entera, sin vacilaciones. Por primera vez desde que Donald Sullivan se había cruzado en su vida.

—¡Tú has de ser mi esposa! ¡Lo que ya teníamos acordado! ¡No te permito volverte atrás…! Dame un beso… ¡Dámelo!

—No —se negó ella.

Él no estaba dispuesto a quedar chasqueado, pero en dos decididas zancadas Roger Taube llegó hasta allí.

—Un momento… —detuvo a Donald Sullivan, sujetando con una sola mano las solapas de su americana—. A Connie hay que tratarla como a una señorita… Como lo que es… Refrene sus modales…

—¿Quién es usted —increpó furioso— para meterse en nuestro noviazgo?

—Por lo que acabo de oír —repuso Roger, muy sereno todo él—, ese noviazgo, si es que alguna vez ha existido, acaba de romperse…

—Usted no tiene derecho a inmiscuirse en esto. Usted aquí no es nadie.

—Opino de muy distinta manera. Como sincero y leal admirador de Connie, yo creo que ese derecho me asiste. Lo considero plenamente legítimo. De todas formas, aquí se trata en primer lugar de respetar la opinión de la interesada… Y Connie acaba de decirle bien claro, a menos que yo lo haya oído mal, que ha cambiado de parecer…

—Lo que a usted, por lo visto, le va de perlas.

—No es ésta la cuestión.

—Claro —ironizó Donald Sullivan—. Usted debe ser uno más a

considerar que mi vida pasada, un poco aventurera, no es lo que Connie, con su juventud y su maravillosa inocencia, se merece… —y queriendo dárselas de víctima—. Pero yo creo que no es justo que el pasado de un hombre sentencie…

—Si yo le tuviera que sentenciar a usted —Roger le había interrumpido, y su tono sonó como un verdadero latigazo—, no lo haría por el pasado. Me bastaría el presente.

—¿Qué quiere decir? —Pero se sintió al descubierto, por lo que se crispó su expresión.

—Le vi salir la otra noche de su dormitorio… No me haga hablar más… ¿No cree que ya es suficiente?

—¡Está inventando infundios contra mí! —exclamó Donald Sullivan—. Pero ni usted ni nadie es capaz de arredrarme —nunca sus ojos tuvieron una mirada tan perversa—. ¡Ya veremos quién al final se sale con la suya!

Dicho esto, dio media vuelta y salió de allí.

No quiso encararse con Roger. Evidentemente no era hombre propenso a hacer las cosas cara a cara.

—Gracias. Roger… —murmuró la muchacha, ya a solas, mirándole agradecida.

—Las gracias yo a ti, Connie.

—¿Tú a mí? —Se sorprendió—. ¿Por qué?

—Por haberte atrevido a romper definitivamente con él.

—Tú me diste, con tus palabras, valor para hacerlo —y sin transición—. Oye, ¿qué significa eso de que Donald saliera la otra noche de su habitación…? ¿Qué has querido echarle en cara…?

—Te contestaré en otro momento, Connie —y sonriendo—. Más adelante… Cuando no seas tan inocente.

7

Al día siguiente todos se levantaron muy temprano. Como si se hubieran puesto de acuerdo para hacer algo conjuntamente.

Pero cada uno se llevaba un pensamiento distinto. Y el de Roger era, tal vez, el más perentorio de todos. Por lo que, apenas concluido el desayuno, preguntó a Connie:

—¿Salimos a dar un paseo?

—Bueno…

Pero apenas estuvieron fuera de la casa. Roger le explicó a la muchacha la verdadera finalidad de aquel paseo.

—Quiero llegar hasta el manicomio. Mejor dicho, deseo que se me permita entrar… Deseo hablar con la Madre Superiora.

—¿Para qué…? —se extrañó.

—Acompáñame y lo sabrás.

No mucho rato después, Roger y Connie conseguían ser recibidos por la Madre Superiora y directora de aquel centro psiquiátrico. Aunque tuvieron que vencer algunas trabas que les fueron puestas en un principio.

—Bien, ustedes dirán… —y la Madre Superiora tras su ancha y rústica mesa de escritorio, les sonrió afablemente.

Antes había hecho un gesto, ofreciendo asiento a la joven pareja.

Tomó Roger la iniciativa de la conversación ya que era él a quien se le había ocurrido acudir allí, en busca de la información que necesitaba. De la cual, en aquellos momentos, carecía.

—Antes de nada, permítame pedirle disculpas por las molestias que pueda ocasionarle. De veras lamento, Madre Superiora, robarle su precioso tiempo. Me hago cargo de que usted lo tiene destinado a

algo más importante que concedérmelo a mí. Pero se trata de algo mucho más grave de lo que parece a primera vista…

—Le escucho con toda atención, hijo mío.

—¡Se trata de una paciente de este establecimiento! Ha permanecido aquí treinta años. No sé su nombre verdadero, pero por aquí todos la conocen por la loca. Su historia es triste, lamentable, y…

—Se refiere usted a Olga Myrtta, una hermosa muchacha que se enamoró de un tal Carlos Giberza, el hijo de la casa que hay situada cerca del río, apenas a unos doscientos metros de la cascada. De eso hace ya muchísimos años. Pero yo lo recuerdo todo perfectamente, como sí hubiera sido ayer… ¡Fue tan horrible!

—A ella precisamente me estoy refiriendo, Madre Superiora. Dígame, por favor, cuanto sepa respecto a Olga Myrtta y a su dolencia, que durante tanto tiempo la ha tenido recluida aquí.

—Poco hay en realidad que contar. En sí el relato es tan breve como dramático. Se enamoró perdidamente de Carlos Giberza y creyó en sus promesas… Promesas que no habían de cumplirse, por la falsedad que encerraban, y porque tanto el padre del interesado como sus tres hermanas contribuyeron eficazmente a que se casara con otra.

—Algo así había oído decir.

—Olga Myrtta oyó lo que todos comentaban, pero ella no podía aceptarlo. Creía que unos y otros le mentían, que se trataba de una broma cruel. Ella seguía confiando ciegamente en él. Pero Carlos Giberza, finalmente, se lo dijo de un modo claro, tajante, definitivo, no podían unir sus vidas, él necesitaba casarse por dinero. Ella le suplicó, llorando desesperadamente, que no la dejara… Si lo hacía iba a volverse loca…

—Parecía presentir lo que iba a suceder.

—Sí. Pero Carlos Giberza supuso que eso de volverse loca era sólo un decir, una expresión rimbombante, y siguió su camino. Se casó con la otra mujer. Olga Myrtta acudió a la iglesia y soportó toda la ceremonia e incluso le vio salir con su ya legítima esposa. Pero entonces, de súbito, se puso a gritar… A gritar como una loca… Como lo que ya era… No había podido soportar tanta decepción, tanta alevosía, tanto dolor…

—Verdaderamente dramático.

—Cuando se la llevaban al manicomio, sujeta por la camisa de fuerza, empezó a vociferar, diciendo que algún día regresaría y que entonces mataría a todos los de la casa… Pero el furor que sentía —añadió la Madre Superiora— se le pasó pronto. En seguida volvió a sentirse profundamente enamorada de Carlos Giberza…

—Verdaderamente dramático —repitió Roger.

—Sí, hijo mío —y resumió con un suspiro—. Un drama más de los muchos que hay en este valle de lágrimas.

—¿Y de qué modo se produjo su curación? —preguntó Roger—. Presumo que debió suceder de una forma casi inesperada… Después de tanto tiempo, de tantos años…

—No comprendo el sentido de sus palabras, hijo mío —dijo la Madre Superiora—. ¿De qué curación me está usted hablando?

—Olga Myrtta fue dada de alta hará un par de meses. A su curación me estoy refiriendo.

—Está usted muy mal informado, hijo mío. Por desgracia, la mente de Olga Myrtta sigue sumergida en la niebla y en la vorágine de su triste demencia. No ha sido dada de alta.

—Pero ha salido de este establecimiento, ¿no es eso?

—No —respondió la Madre Superiora—. Sigue recluida aquí. ¿Qué le ha hecho suponer lo contrario, hijo mío?

Lo cierto es que Roger Taube tenía verdaderos motivos para pestañear, para sentir el mayor asombro de su vida.

Pero ni pestañeó, ni ciertamente sintió el menor asombro.

Había acudido allí presintiendo que la conversación iba a desarrollarse, más o menos, en tales términos. No podía por su parte, pues, haber sorpresa en el desenlace de la misma.

Se lo estaba viendo venir.

En cuanto a Connie, que desde luego desconocía los hechos acaecidos en el interior del pasadizo de la cascada, tampoco exteriorizó demasiado asombro. No obstante, ahora sí intervino en la conversación, diciendo:

—Por estos alrededores se asegura que está curada… Que ha salido de aquí… Todos lo dicen…

—Simples habladurías, hija mía. La gente, a veces, gusta de hablar sin el menor conocimiento de causa. Yo, por desgracia, puedo asegurarle que sigue recluida en esta casa. Desde luego, resulta doloroso que sea así, incluso que para ella misma, pues ella

en su demencia no se da cuenta de la realidad, para quienes la queremos bien… Y entre éstas humildemente me cuento… —y añadió, tras una pausa—: Entró siendo una joven y tan bella… Encogía el corazón mirarla… sigue encogiéndolo, por la inalterable y conmovedora fidelidad que sigue mostrando a aquel hombre…

—¿Recuerda su traición? —preguntó Roger.

—Sí —dijo la Madre Superiora—, la recuerda como el más acerbo y terrible dolor de su vida. Pero no tiene noción de cuánto hace de eso… A veces habla como si apenas hubieran transcurrido unas semanas… En conclusión, sigue amándole… Amándole incondicionalmente…

—Permítame una pregunta, más bien un ruego —repuso Roger —. ¿Podríamos verla? Si ello no infringe las normas de la casa…

—Aunque así fuera —esbozó una sonrisa la Madre Superiora—, podríamos hacer una excepción. No sé ciertamente por qué, pero estoy convencida de que no les guía ninguna mala intención, todo lo contrario.

—Agradezco la confianza que nos dispensa —y Roger correspondió con un gesto abierto, cordial.

* * *

Olga Myrtta se hallaba en el patio, donde llegaba un sol muy poco lucido. Estaba sentada en uno de bancos de madera y parecía muy absorta en sus pensamientos.

Unos pensamientos que no debían ser tristes del todo, pues de vez en cuando unas chispitas de alegría asomaban a sus ojos.

Entre sus manos había un papel. Un papel que terminó desdoblando, leyendo en voz alta, muy dulcemente:

> *Perdóname la traición que te hice. Mi esposa ha sufrido un accidente y ha muerto, vuelvo a ser libre, y voy a ir a ti, esperando de tu amor y de tu comprensión. No me rechaces, por amor de Dios te lo pido. ¡Si supieras qué amargo es darse cuenta de que se ama, cuando ya es tarde para reparar el error cometido!*

Pero el papel estaba en blanco. Completamente en blanco.

—Siempre está igual —comentó tristemente la Madre Superiora

—. A todas horas sueña con el regreso de Carlos Giberza.

Roger y Connie se hallaban hondamente impresionados. Principalmente, porque todo en aquella mujer decía aún de su esplendorosa belleza.

Una belleza, empero, que no le sirvió de nada. A lo sumo para labrar su desdicha. Una desdicha estremecedora, que acabó perturbando implacablemente sus facultades mentales.

En eso, Olga Myrtta se dio cuenta de la presencia de la Madre Superiora.

De un brinco se puso en pie, corriendo alegremente, como una chiquilla, hacia ella.

—¡Madre Superiora, he tenido carta! ¡Dice que me ama! ¡Va a venir! ¿Usted cree… —preguntó, con un súbito cambio de expresión— que esta vez vendrá? Me ha escrito otras veces, usted lo sabe… Pero luego no sé por qué, no se presenta…

—Debes tener confianza —intentaba llevar consuelo a aquella pobre desdichada—. Todo se arreglará, ya lo veras.

—Sí —sonrió Olga Myrtta—. Esta vez, vendrá. Es su letra… La he reconocido en seguida… Es una letra muy varonil, muy bonita, ¿verdad? —Y mostraba el papel, tan blanco que más ya no podía estarlo.

—Sí, me gusta mucho su letra.

—Yo le sigo amando, Madre Superiora. Y le perdono lo que me hizo… Se lo perdono de corazón… Cuando se ama, se perdona siempre, ¿verdad que sí? —Y añadió, frunciendo súbitamente el entrecejo—: Le amo tanto, si alguien le hiciera daño, yo le mataría… ¡Le mataría! ¡Le mataría!

—Matar es un pecado —dijo la Madre Superiora—, pero amar no… Sigue amándole, Olga, que Dios no ha de castigarte por ello.

—Cuando llegue, ¿me dejará salir a comprarme un vestido? Para estar más bonita, más guapa. O quizá sea mejor que salga ahora, y así le espere ya arreglada.

—No, Olga, no… Es mejor que le esperes y salgan juntos. Así el vestido será a gusto de él.

—Sí, tiene usted razón.

—Pero no tengo dinero —hizo un gesto triste—. ¿Me darán el vestido aunque no pague?

—El dinero te lo daré yo, por eso no te preocupes. Tú avísame

así que llegue. Ahora debo irme, tengo trabajo… Hasta otro momento, Olga.

La dejaron sentada de nuevo en el banco de madera leyendo y releyendo aquella carta inexistente.

Aquella carta cuyos renglones sólo los había escrito su mente, que divagaba.

La Madre Superiora habló aún un poco más con Roger y Connie, mientras les acompañaba hasta la puerta de salida.

Pero antes de llegar allí, oyeron las voces alarmados de varias Hermanas:

—¡Dios de los cielos…! ¿Cómo ha podido suceder…? ¡Olga Myrtta se ha escapado…!

8

Se trataba de averiguar quién era el asesino de Luisa. La hija del parador de la carretera. Y de Bárbara, la hija mayor de Peter Molkan.

Se trataba de averiguar la identidad de quien, ahora, pretendía matar a Carolina.

Por lo que se refería a la loca, ahora Roger ya sabía a qué atenerse. Era sólo una impostora.

Roger forjó un plan. El que le pareció más eficaz para llegar a dar infaliblemente con el asesino.

Por eso le dijo a Carolina:

—Durante el día no te separes de tu padre, y por la noche cierra bien la puerta de tu dormitorio, lo mismo que has hecho estas noches pasadas. Y cuando llegue el día de mañana, permanece en silencio… Yo iré a verte y haré creer a todos que has muerto… Que te ha dado un ataque al corazón y que estás sin vida…

—¿Cómo? —Se sobrecogió Carolina.

—De esta manera —le explicó Roger—, el que tiene que matarte, quienquiera que éste sea, pensará que su trabajo se ha hecho por sí solo y no tardará, en lógica consecuencia, en volver a la gruta a cobrar su parte…

—¿A qué gruta? —inquirió, pues ella no sabía nada de todo aquello.

—Eso déjalo de mi cuenta. Ahora debemos ir al grano de la cuestión, sin perder tiempo… —y prosiguió su explicación—. Volverá a la gruta y como sea que yo estaré allí, llegará el desenlace…, sin que tú hayas sufrido ningún daño, ¿comprendes?

—No, no… Además, que…

—¿Qué?

—No puedes darle ese susto a mi padre, ni a Connie… Me refiero a hacerles creer que he muerto. Además, les faltaría tiempo para acudir a mi dormitorio y comprobar que eso no era cierto.

—A tu padre, y a Connie —dijo Roger—, les voy a poner sobre aviso, por descontado. Son las dos únicas personas de quienes me fío. Por lo demás, ellos me ayudarán a que la comedia resulte perfecta.

—¿Y crees que verdaderamente surtirá efecto?

—Sí, claro. El asesino… se enterará de que has muerto, no comprenderá que se trata de un ardid y caerá en la encerrona. Posiblemente acudirá a la gruta asegurando que quien te ha matado ha sido él.

—Me vuelves a hablar de la gruta… ¿Pero de qué gruta me hablas…? Cada vez entiendo menos.

—Basta con que me hagas caso.

—Bien, bien… Pero, dime, Roger, ¿dónde supones que está el asesino? ¿En esta misma casa? De ser así, no quedan muchos de quienes sospechar… Descartando a mi padre, a Connie, y a Donald, puesto que cuando murió asesinada Luisa él estaba en el parador de la carretera, sólo queda el nombre de Jack…

—Las conjeturas no sirven. Por otra parte, quizá el asesino viva fuera de esta casa. ¿Por qué, forzosamente, ha de vivir aquí? Por cualquier ventana de la planta baja, pudo entrar o salir…

—Sí, cabe esa posibilidad.

—En fin, quedamos de acuerdo, ¿no es eso?

—Sí. Roger.

* * *

Durante aquel día todo transcurrió sin novedad.

Y llegó la noche.

Una noche en la que, al parecer, no iba a suceder nada extraordinario. Porque todos y cada uno de ellos cerraban con cerrojo la puerta de sus respectivos dormitorios, considerando, claro está, imprescindible tal precaución.

Una precaución de la que nadie podía olvidarse, pues se hallaba demasiado incrustado en sus cerebros el horror de aquella noche, durante la cual murió espeluznantemente acuchillada Luisa, la hija del dueño del parador de la carretera. Además, también había muerto asesinada Bárbara, aunque ella fue al pie de los matorrales que bordeaban la vereda del río.

Sabiendo que todo iba relativamente por buen camino, y seguro de que al día siguiente, merced a su ardid, la macabra historia daría fin de una vez, Roger se acostó más sosegado, más tranquilo, convencido de que podía hacerlo sin abrigar temores de ninguna clase. Además, lo necesitaba. Hacía ya varias noches que apenas dormía, ojo avizor a cuanto sucedía a su alrededor.

Pero no contaba con que Carolina iba a cometer una terrible e irreparable imprudencia. Algo a lo que la arrastraría sus irreprimibles instintos de hembra viciosa.

Era la madrugada. Se hallaba en el dormitorio, consiguiendo conciliar el sueño. Estaba pensando en Donald Sullivan, que se hallaba a unos pocos metros de ella, un par de habitaciones más allá.

En eso, oyó que alguien llamaba quedamente a la puerta. Muy quedo, indudablemente queriendo que el sonido de los nudillos apenas fuera percibido.

Carolina pensó que debía ser Donald Sullivan. No se le ocurrió pensar otra cosa, ya que en aquellos momentos le tenía demasiado metido en el pensamiento, en la carne ansiosa de su cuerpo.

Saltó ágilmente de la cama y corrió hacia la puerta.

Pero antes de descorrer el cerrojo, recordó que un asesino merodeaba por la casa. Y recordó que ese asesino quería ahora matarla a ella.

Se detuvo en seco.

—¿Quién es…? —preguntó, con la boca pegada a la ranura vertical de la puerta.

No se oyó respuesta.

—¿Quién es…? —repitió, tras un largo silencio.

Volvió a no tener respuesta.

—¿Eres tú, Donald…? —volvió a preguntar.

Le había parecido que unas pisadas se alejaban. Pero debió tratarse de una simple apreciación suya, ya que tras un nuevo

silencio, finalmente oyó la voz de Donald Sullivan, que a su vez inquiría:

—¿Por qué no me abres? Soy yo, Donald…

Era la voz de Donald Sullivan. A Carolina no le cupo la menor duda. La hubiera reconocido entre mil.

—Ya te abro —dijo.

Pero antes de hacerlo recordó que Roger le había dicho, no hacía mucho, que por las noches aquella puerta no debía abrirla, bajo ningún concepto… Y Roger había añadido: «Ya me entiendes… Creo hablar claro…». Había aludido abiertamente a Donald Sullivan, precisamente a él.

Por otra parte, apenas hacía unas horas que Roger había vuelto a insistir en lo mismo, en la conveniencia de que la puerta permaneciera cerrada.

Pero ella sabía de fijo que Donald Sullivan no era el asesino, ya que, cuando Luisa murió acuchillada, él se hallaba en el parador de la carretera y sobraron testigos que así lo atestiguaron.

Pues si sabía de cierto que de él no debía sospechar, ¿por qué no abrirle la puerta y dejarle pasar? Aún recordaba la noche que pasaron juntos… ¡Y cómo la recordaba!

Descorrió el cerrojo, aunque no sin antes sentir nuevas vacilaciones.

El dormitorio estaba a oscuras, así que, al entreabrir discretamente la puerta, no reparó en las facciones de Donald Sullivan.

Luego si las vio cuando ya estaba dentro, cerrada la puerta a sus espaldas.

Pero entonces se percató de que aquél no era Donald Sullivan, sino Jack…

Fue a gritar. Pero Jack, aprovechando su desconcierto, le tapó la boca con la mano.

¿Cómo había podido equivocarse? ¡Si ella había oído la voz de Donald Sullivan! Debía tener tantos deseos de oírla, que evidentemente el oído le había jugado una mala pasada. Parecía imposible.

Y ya el cuchillo que Jack llevaba en la mano, se clavaba hasta la empuñadura a la altura de su corazón.

Carolina se desplomó, empezando a agonizar sobre las frías

baldosas del suelo, mientras la mano de Jack seguía tapándole la boca. Tapándosela con tal rudeza, y clavándole las uñas tan despiadadamente, que las mejillas de Carolina sangraban.

Ella alzaba las manos, queriendo desprenderse de aquélla que, cruel, inhumana, le impedía pedir auxilio, pero no conseguía nada. Le faltaban las fuerzas, porque éstas se le iban a borbotones por la sangre que fluía escandalosamente de su pecho.

Jack le había dejado el cuchillo clavado, pero volvió a empuñarlo, aunque no para incrustárselo de nuevo. El mango siguió en su sitio, sólo revolvió salvajemente el interior, su afilada hoja, que debió ya sin dudas descuartizar el corazón.

Ya sólo por unos brevísimos instantes, los ojos muy abiertos de Carolina, desbocados en su aterrador mirar, parecieron aún querer luchar por esa vida que se le iba.

De la que va apenas quedaban los últimos estertores.

Al poco ya no quedaría ni eso.

9

Jack había esperado lo preciso para no inspirar sospechas.

Ahora que todo su trabajo estaba hecho, no iba a tirarlo por la borda en una tonta precipitación.

Pero una vez tomadas las debidas precauciones, iba ya hacia la cascada del río, anhelante y febril por cobrar lo que era suyo.

Pero en estos momentos le asaltaba el temor de haberse dejado obcecar por su desenfrenada ambición. ¿Y si no había acertado a reflexionar suficientemente…?

¿Podía, en realidad, fiarse de la promesa de una loca, de una perturbada mental?

¿Podía, ciertamente, dar como hecho y cumplido el trato efectuado?

¿Y si al llegar a la gruta se encontraba con que la vieja no estaba, ni el tesoro tampoco…?

Gruesas gotas de sudor perlaban su frente.

Aceleró el paso. Casi llegó corriendo hasta allí.

Pero apenas pasó tras el agua de la cascada, recorrió el pasadizo y llegó al lugar del tesoro, respiró aliviado.

Allí estaba la vieja, la boa y el tesoro…

Pero en esta ocasión, la boa se hallaba encerrada en una jaula de madera, bastante grande, donde ella misma se había metido anta el imperioso mandato de la vieja.

—¡*Nakka,* adentro…! ¡Adentro ahora mismo! ¡Obedéceme…! ¡Obedéceme…!

Si, Jack respiró aliviado… Aunque sólo en un principio, pues en seguida le dio mala espina que la vieja hubiera metido a la boa en

aquella jaula, evidentemente construida para tal menester.

Aunque fue la suya una sensación que no terminó asimilar bien… Así de pronto, el hecho no terminaba de encontrar cabida en su raciocinio.

Fue la vieja quien se anticipó a lo que Jack, antes o después, pudiera preguntarle.

—Me voy —le dijo.

—¿Adónde te vas…? —le preguntó Jack, sin comprender.

—Mira, será mejor que de una vez te tragues la píldora… —y aclaró—: Todo esto ha estado preparado… Nada de esto es real…

—¿Cómo…? —inquirió Jack, estremeciéndose—. ¿Qué quieres decir? ¿Qué es lo que no es real? ¿De qué píldora me estás hablando…?

—Has caído en la trampa como un verdadero tonto, como un auténtico insensato… Yo no estoy loca, ni soy la loca. Esa pobre infeliz sigue recluida en el manicomio… Yo he cogido momentáneamente su personalidad para mejor tender la red… en la que tú debías caer…

—¿Qué desatino es éste? ¿Tú estás cuerda…? ¿Pero no querías vengarte, porque el hombre que te traicionó…?

—Yo no soy la loca —le interrumpió—. Ya te lo dicho. Y todo eso… es sólo la historia de la que me he apropiado para coger ante tus ojos la personalidad precisa… Te lo vuelvo a decir, todo esto ha estado preparado…

—Pero preparado, ¿por quién? —Y cada vez se estremecía más y de un modo más persistente.

—Eso no puedo decírtelo. Yo debo callar la identidad de quien me ha pagado. Para eso me ha pagado bien.

—Pero este tesoro es maravilloso… —miró hacia allí, y parecieron cobrar vida sus ojos, su expresión, todo él—. Y sigue en el cofre…

—La ambición te ha cegado —repuso la vieja— de un modo ridículo y lamentable… ¿No ves que todo este tesoro es falso? Las monedas de oro, los zafiros, las esmeraldas, los brillantes, todo, no pasa de ser una imitación… Yo creía que te darías cuenta… Pero «quien me ha pagado», me dijo que no, que no repararías en el engaño, que eres el ser más codicioso de la tierra…

—¡Es falso el tesoro! —gimió Jack.

Se precipitó sobre el cofre negro y revolvió, con sus manos excitadas, temblorosas, las monedas y las joyas… Sólo entonces se dio cuenta de que la vieja había dicho la verdad.

¡Todo aquello era pura imitación!

—No es posible… —sollozó Jack—. No es posible que mí sueño se desvanezca… ¡Si he matado por tres veces!

—Lo lamento por ti —repuso la vieja—. Es todo lo que puedo decirte… En cuanto a la culpa que pueda tener en todo esto, ya sólo me he limitado a aceptar el trabajo que he encontrado… A mi edad, ¿sabes?, no es tan fácil hallarlo…

Y tras una pausa le explicó:

—Yo trabajaba en un circo. Tengo a *Nakka* amaestrada y mi número consistía en hacerla obedecer ante el público… Hacía que se enroscara alrededor de mi cuerpo y al final le exigía que fuera aflojando su presión hasta quedar humildemente tendida a mis pies… Era un número que estaba bastante bien, pero la gente terminó cansándose y el empresario me despidió. Me dijo que era demasiado vieja para impresionar ya a nadie… Si hubiera sido joven y bonita, todo habría cambiado… En fin, que me quedé sin trabajo… Pero, en aquel mismo instante, se me acercó la persona esa…

Se detuvo unos instantes.

—Y me ofreció —continuó diciendo— un trabajo bien remunerado. Sólo que era un trabajo un poco especial, debía hacerme pasar por una loca y obedecerle en los «pormenores» que me indicara. Ya me hizo saber de antemano que tales «pormenores» no serían del todo lícitos, pero yo acepté sus condiciones… ¡Cuando una se está poco menos que muriendo de hambre no se tienen muchos miramientos! Además, no se trataba de matar a nadie… Eso de matar, te correspondía a ti…

—¡Y lo he hecho! —Jack seguía gimiendo—. ¿Y de qué me ha servido, si el tesoro es falso? ¡Yo que me veía dueño de medio mundo! Pero ¿quién es esa persona que te contrató? —Lloraba de rabia, de desesperación, de impotencia. ¿Quién es la persona que se ha burlado de mí de un modo tan ignominioso?

—Te he respondido que eso no puedo decírtelo.

—Pero a esa persona, ¿para qué le interesaba que yo matara a Bárbara y a Carolina…? ¡Todo esto me parece una absurda

pesadilla!

—Quizá algún día averigües quién es… Entonces podrás preguntarle el porqué de todo esto. Yo no lo sé. Yo me he limitado a obedecer y a cobrar… Bueno, me voy… No creo que tarde en llegar la camioneta… Va a venir para llevarse a *Nakka*…

* * *

Ante las últimas palabras, Jack se transformó, reaccionando con una súbita y estremecedora fiereza. Y dejó de lamentarse, de gemir, para lanzarse como un rayo sobre el cadavérico cuerpo de la mujer.

—¿Crees de veras que vas a irte así, tan tranquila…? —le gritó, sujetándola rudamente—. ¿Por tan poca cosa me tienes…?

La vieja se asustó. No se esperaba aquel súbito acoso. Pero, claro, debió presumir que algo así podía suceder… Con anterioridad, ¿no había ya querido Jack matarla?

—Yo no tengo la culpa —intentó disculparse. Y temblando—. No pretenderás estrangularme, ¿verdad?

—No. no —masculló entre dientes Jack—. Intenté hacerlo en otra ocasión, cuando me trajiste aquí por primera vez, pero esa muerte ahora sería poco para ti…

—¿Qué dices? —Castañeteaban sus pocos dientes, al dar unos contra los otros.

—Eso, lo que has oído. Que ahora le mereces una muerte mucho más horrenda, mucho más escalofriante, mucho más refinada… Y es la que yo voy a ofrecerte con todos los honores…

—¡No! —intentó rebelarse, escapar, pero sin el menor resultado.

El pequeño cuerpo de Jack adquiría una fuerza inusitada cuando sus malos instintos eran espoleados.

La jaula de madera estaba allí cerca, con la boa en su interior, ahora inquieta y agitada ante el trato que recibía la vieja, a la que no podía defender.

La idea se le había ocurrido a Jack de pronto. ¿No había en el suelo de la jaula una gruesa capa de paja, como si de una mullida alfombra se tratara…? ¿Y la jaula no era de simple y vulgar madera…? ¿Y no había allí mismo una antorcha encendida…?

Jack se echó a reír. Fue la suya una risa hiriente, siniestra.

—¿Qué se te ha ocurrido…? —Y la vieja demostró que le había leído el pensamiento, estremeciéndose hasta sentir que aún se le arrugaba más la epidermis.

—No hace falta que le lo diga… Vas a verlo…

Con su inexplicable e inusitada fuerza, Jack arrastró a la vieja hasta la jaula, y una vez allí la derribó al suelo. Luego abrió la pequeña puerta de la jaula… por la que poco antes entrara la boa.

En esta ocasión, no le dio opción a salir, pues apenas abrió la abertura colocó allí la cabeza de la vieja y sus hombros, taponando la salida.

Y quieras que no, acto seguido la fue empujando hacia dentro, hasta dejarla allí metida. Después, cerró de pronto.

Mientras seguía riéndose, Jack fue hacia la antorcha.

—¡No! ¡No! —exclamó la mujer—. ¡No lo hagas…! ¡No quiero morir de esta manera!

—Así aprenderás…

Cogió la antorcha y la acercó a la jaula.

La boa se irguió desafiando, silbando pavorosamente, pero no pudo salir de allí, estaba prisionera, y Jack lo sabía.

Prendió fuego a la paja.

Crecieron las llamas…

Y ardieron las ropas y los cabellos de la vieja, mientras ésta lanzaba gritos y alaridos de terrible dolor. En cuanto a la boa, al sentir que se chamuscaba la piel, se desquició por completo y desplegó todo su bestial furor.

Y como sea que entre los barrotes de madera no había más que la vieja, se lanzó sobre ella y la enroscó implacablemente, empezando a apretar.

—No, *Nakka*… —gimoteó la vieja—. Suéltame… Suéltame…

Pero no le hacía el menor caso.

Y la boa siguió apretando, partiéndole los huesos uno a uno, hasta no dejarle ninguno entero.

—No, no… —seguía aún gimoteando la vieja. Pero las llamas lo vencían ya todo. La jaula era ya una pira dantesca.

Y se oía el silbar horrendo de la boa, que estaba ya ardiendo de un extremo al otro.

De allí nadie podía salir con vida. Ni persona ni bestia.

Jack miraba las devastadoras llamas con la risa ahora detenida,

partida, paralizada, entre su boca crispada.

Pero aquello no podía durar mucho.

Dejó de mirar cuando todo aquello quedó convertido en un montón de huesos y cenizas.

Después, gimiendo y llorando de nuevo, se fue hacia el cofre negro…

10

No hubiera sabido decir el tiempo que había permanecido allí, mojando con sus lágrimas, con sus desesperadas lágrimas, el falso tesoro.

Sólo supo que volvió en sí, que reaccionó, cuando oyó a sus espaldas una voz:

—Yo soy el causante de todas tus desdichas. Pero vengo, en lo posible, a repararlas.

Jack dio media vuelta, rapidísimamente. Había reconocido en el acto aquella voz. Era la de Donald Sullivan.

—Sí, soy yo… —ratificó Donald Sullivan, en persona, decididamente plantado ante él. Y añadió—: Date cuenta, Jack, podía permanecer en el anonimato y dejarte que te devanaras los sesos, preguntándote una y otra vez quién era la persona que te ha metido en esto… Pero, ya ves, por iniciativa propia me presento ante ti y acepto la parte de culpa que me corresponde.

—¿Tú…? —inquirió Jack—. ¿Has sido tú quien me ha tendido esa trampa…?

—Por lo que veo… —comentó Donald Sullivan, mirando hacia la jaula, la vieja y la boa—, tú también les has tendido una trampa. A ellos… Perfecto… Así no correremos el riesgo de ser delatados… En cuanto a ti, te he hecho una mala faena, lo admito —mostraba una serenidad que parecía hecha de puro hielo—. Pero vengo dispuesto a reparar lo hecho, ya te lo he dicho.

—Pero ¿qué fin has perseguido? —preguntó—. ¿Adónde has querido ir a parar? ¿Por qué has buscado esas muertes?

—Resulta sencillo responder a estas preguntas —dijo Donald

Sullivan—. Yo quiero casarme con Connie, tú ya lo sabes. Después de tantas sucias aventuras, esa chiquilla es para mí el agua clara y nítida que mi sed necesita. Y cuando yo deseo algo de verdad, como en este caso, no resulta sencillo que nadie me detenga.

—No entiendo.

—Eres torpe de mente… —Y añadió—: Si yo no me he casado ya con Connie no ha sido por ella. Ella no me ama, ya lo sé, pero me hubiera aceptado de todas maneras. La tenía dominada. Por ese lado no había inconvenientes. Ni tampoco por el de su padre, un hombre al que no había de costarme convencer… Pero entre Connie y yo se anteponían sus hermanas, Bárbara y Carolina, dos caracteres que no habían de transigir. Así que el método más sencillo era eliminarlas…

Se interrumpió unos instantes, mientras de un modo instintivo buscaba el contacto de su pistola automática. Con la que de antemano se prevenía contra cualquier posible eventualidad.

—En principio —le hizo saber Donald Sullivan—, mandó construir este tesoro, para con sus falsos destellos vencer y dominar la voluntad de Peter Molkan. Si viejo y arruinado se creía cerca de un gran tesoro, por conseguirlo me daría a su hija Connie. Si era yo, claro, quien le ponía al alcance de esa fabulosa fortuna. Guiado por tales planes, y habiendo descubierto por casualidad este pasadizo, por dos veces le inyecté una droga mientras reposaba por la noche y así, medio dormido y medio despierto, le traje hasta aquí. A la mañana siguiente no terminaba de asimilar lo sucedido, pero en su mente quedaba constancia de que el tesoro era un hecho real. Ya sólo le faltaba decirle, poco más o menos; «Soy yo quien ha descubierto ese tesoro. Soy yo quien le lleva a usted hasta la gruta. Deje que me case con Connie y todo aquello será suyo…». Pero reflexioné detenidamente sobre la cuestión, sobre su planteamiento, y consideré que le faltaba consistencia, que no era convincente, y decidí darle otro rumbo.

—Metiéndome a mí en esto —masculló Jack.

Y ahora estaba moralmente tan hundido, tan quebrantado, que hasta físicamente parecía aún más pequeño e insignificante.

—Sé que siempre has ambicionado dinero —dijo Donald Sullivan—. Que lo has ambicionado hasta sentir que te roían las entrañas. Por lo tanto, poniéndote delante del tesoro, habías de caer

en la trampa sin titubeos… Lo sabía seguro. Pero había que dar ambiente a la situación y por eso busque a esa vieja. Se haría pasar por la loca, un personaje de quienes todos habían oído hablar por aquí. Aparecería en escena con su boa, llamada *Nakka*, que contribuiría con su presencia a que todo resultara más escalofriante, más, digamos, en su justa medida. A este respecto sólo existía un inconveniente —agregó—, un tal Robert Ball, guardabosques, que de joven había estado muy enamorado de Olga Myrtta… Seguro que, al oír que estaba fuera del manicomio, no pararía hasta encontrarla. Y si daba con la vieja, se daría cuenta de que no era ella. Para remediar tal inconveniente, me vi forzado a quitarle de en medio. No, no fue preciso matarle… Con arrancarle la lengua fue suficiente. No sabe leer, ni escribir, así que, ya sin poder hablar, deja de ser un peligro…

—No se puede jugar con las personas como lo has hecho tú.

—Le dije a la vieja que te explicara que ella le había inyectado a Peter Molkan una droga, que robó de la enfermería del manicomio, por si tú sabías algo de lo que le había sucedido. Para que nadie, en absoluto, pudiera sospechar de mí. Por otra parte, cuando la vieja te ofrecía los papeles, en los que había hecho ver que ponía el nombre de cada uno de los de la casa, en realidad te daba ya firmada la sentencia… En los primeros papeles, sólo estaba el nombre de Bárbara. La segunda vez en lodos ellos estaba el nombre de Carolina. Eran las dos personas que me sobraban…

—Ya lo has conseguido todo.

—No exactamente —aclaró Donald Sullivan—, y éste es uno de los motivos por los que he venido dispuesto a compensarte el mal que haya podido causarte… Se trata de que ya no tengo dominada a Connie. Eso era antes… Antes de que apareciera en escena Roger Taube. Desde entonces, se me rebela. Incluso, el otro día, se atrevió a devolverme la palabra que ya me había dado. En consecuencia, ahora me sobra Roger Taube… ¡Mátalo. Jack, y para pagarte eso y los demás servicios prestados, te daré cinco mil libras! No es ni mucho menos un tesoro, pero tampoco es un mal bocado…

—¡Te odio, Donald! —Y Jack volvía a gemir, desolado—. ¡Has hecho de mí un asesino para nada! Primero Luisa, luego Bárbara y Carolina… Y ahora la vieja. ¡Todo para nada! ¿Y aún quieres que te vuelva a ayudar? ¡Ayúdale a ti mismo, si tanto anhelas conseguir

eso! Conmigo no cuentes para nada. ¡Puedes quedarte esas cinco mil libras del diablo!

—Cuando querías matar a Carolina —sonrió cínicamente Donald Sullivan— no sabías cómo hacerlo, pues durante el día no se separaba de su padre y por la noche se cerraba siempre con llave, Pero yo te ayudé… Sin que tú aceptaras a darte cuenta. Tú llamaste muy quedamente a su dormitorio, por lo visto esperando que abriera sin preguntar nada… Suponiendo que era Connie, o su padre, digo yo. Pero ella, recelosa, cauta, preguntó quién eras y a ti no te tocó otro remedio que volver sobre tus pasos. Fue entonces cuando intervine yo. Y la puerta se abrió. Pero ya para entonces yo había regresado a mi habitación, dejándote el puesto a ti. Un puesto que te apresuraste a ocupar en cuanto oíste que se movía la llave. Como puedes darte cuenta, Jack, nos hemos ayudado ya mutuamente. ¿Por qué, pues, no hacerlo una vez más? Con sobrado motivo. Jack, cuando en esta ocasión si ganarías algo auténtico… Cinco mil libras.

—¡Cállate! —exclamó—. ¡No quiero nada de ti! Sólo querría una cosa, matarte… Sí, matarte.

Pero en sus palabras, en su voz, en su acento, no había verdaderamente en aquel momento la menor amenaza. Jack estaba sin fuerzas, sin aliento. Apenas podía tenerse en pie.

—No lo intentes —dijo Donald Sullivan—. No ibas a conseguirlo… Voy armado. Al menor movimiento que hagas, te parto el cráneo de un balazo.

Pero se interrumpió bruscamente.

Acababa de aparecer Roger Taube ante ellos.

* * *

—Yo también he venido armado —les dijo— y les estoy apuntando ya… Soy yo quien, si hacen el menor movimiento, les va a partir el cráneo.

Donald Sullivan se había quedado de una pieza. Comprendía que Roger había oído la conversación y que, en consecuencia, estaba al corriente de todo.

Eso equivalía a sentirse irremisiblemente perdido.

Si algo pudiera hacer…

Pero ¿qué iba a poder hacer si Roger tenía la pistola en la mano y firmemente les encañonaba?

Se trataba de un joven decidido, al que no podría coger en un despiste y al que, por lo demás, no le sería dado achicar. En tales circunstancias, todo se complicaba trágicamente.

Sin embargo, no podía darlo todo por perdido. Eso hubiera sido como no hacer nada antes de caer de cabeza por un precipicio.

—Si no le desarmamos —dijo roncamente, dirigiéndose a Jack—, estamos perdidos los dos. Yo como instigador, y tú como ejecutor…

Pero Jack no parecía asimilar debidamente lo que estaba sucediendo.

No obstante, Donald Sullivan se propuso sacarle de aquella inercia, y se puso a gritarle:

—¿Me oyes, Jack? ¡Tenemos que desarmarle! Como sea… ¡De aquí no puede salir con vida! Su vida es el precio de la nuestra, ¿no lo comprendes? ¡Tenemos que desarmarle!

—No se haga ilusiones, Donald —dijo Roger—. No me van a desarmar. Ni saldrán de aquí antes de que llegue la policía, a la que ya he avisado.

Donald Sullivan se puso mortalmente pálido.

Y Jack, en esta ocasión también… Uno y otro se miraron horrorizados.

Pero en aquel momento, como acudiendo en su ayuda las fuerzas del mal, se desplomó súbitamente un trozo de la roca que formaba el techo de la gruta.

Un trozo de roca que dio en la cabeza de Roger Taube, que aturdido por el durísimo golpe cayó desplomado al suelo.

Y a Donald Sullivan y a Jack les faltó tiempo para lanzarse sobre él, dispuestos a arrebatarle la pistola que aún sujetaba en su diestra. Querían matarle, y rematarle, sin contemplaciones.

Pero Roger Taube volvió en sí y se debatió furiosamente contra los dos.

Debido a lo cual su pistola fue a parar, al impulso de la pelea, a varios metros de distancia.

Entonces Donald Sullivan sacó su propia pistola.

Para matar a Roger era lo mismo una que otra.

En cuanto a Jack, ahora estaba enteramente de su parte. Eran aliados, porque se lo jugaban todo. Y le ayudaba en la medida de sus fuerzas, que desde luego se habían acrecentado nuevamente.

Los dos juntos, pues, consiguieron finalmente abatir a Roger, cayendo implacablemente sobre su cuerpo.

Y ya iba Donald Sullivan a disparar a bocajarro sobre el pecho de Roger cuando este vio, entre las sombras del pasadizo, a la loca. A la auténtica.

Posiblemente huyó del manicomio con la intención de comprarse un traje muy bonito, para que Carlos Giberza, cuando regresara, la encontrara guapa y elegante. Probablemente, después, se habría sentido asustada de su huida y se habría refugiado allí.

Roger, hombre de rápidos reflejos, recordó que en el manicomio le había oído decir, refiriéndose a aquel hombre que años atrás la traicionó:

«Le amo tanto que si alguien le hiciera daño, yo le mataría… ¡Le mataría! ¡Le mataría!».

Y Roger decidió apurar, a la desesperada, aquella única posible tabla de salvación.

Se puso a gritar:

—¡Habéis matado a Carlos Giberza y ahora queréis matarme a mí! ¡Sois unos asesinos! ¡Habéis matado a mi amigo Carlos Giberza…!

La mujer quedó desquiciada ante las palabras que acababa de oír, temblando de pies a cabeza como una pobre y desdichada condenada a muerte. Y cegada por el trágico e insoportable dolor que estaba experimentando, se agachó hasta el suelo y cogió, crispada, sollozante, la pistola de Roger, que al caer a varios metros de distancia había ido a parar casi a sus pies.

Y frenéticamente adelantó unos pasos. No quería errar la puntería.

Y disparó una y otra vez…

Acribillados a balazos, los cuerpos de Donald Sullivan y Jack quedaron inmóviles en el suelo.

Pero por si acaso fingían. Olga Myrtta agotó el cargador sobre aquellos dos cadáveres.

Las manchas de sangre crecían, crecían, cada vez eran mayores…

Un charco de sangre se juntaba con el otro, como queriendo unir en la muerte a quienes en la vida se habían destruido entre sí.

La loca sonreía estúpidamente a Roger.

Y ya entraba la policía.

Y allí, en el cofre negro, seguía el falso tesoro.

Aquel tesoro diabólico, que les había tendido a todos su maquiavélica tela de araña.

F I N